

Repertorio Americano

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX

San José, Costa Rica 1930 Sábado 28 de Junio

Núm. 24

Año XI. No. 496

SUMARIO

El bronce no es más duradero	B. Sanin Cano	Teodoro Picado	Carmen Lyra
Distribución de premios universitarios	Santiago Pérez	Bibliografía titular	
El homagno de la India	Juan del Camino	El Tratado Naval de Londres	Víctor de Valdivia
Satán	Victor M. Cañas	Testimonios	Carlos Pereyra
Nuestros amigos	José Vasconcelos	Fulgores de tragedia	Francisco Amighetti
Otra vez Ford	Mario Sancho	Dos poemas	Luis Franco
Desobediencia y no cooperación	Roig de Leuchsenring	Dos apólogos	
Gandhi	Rómulo Tovar	Índice del Tomo XX	
Un libro de un estadista	R. Coto		

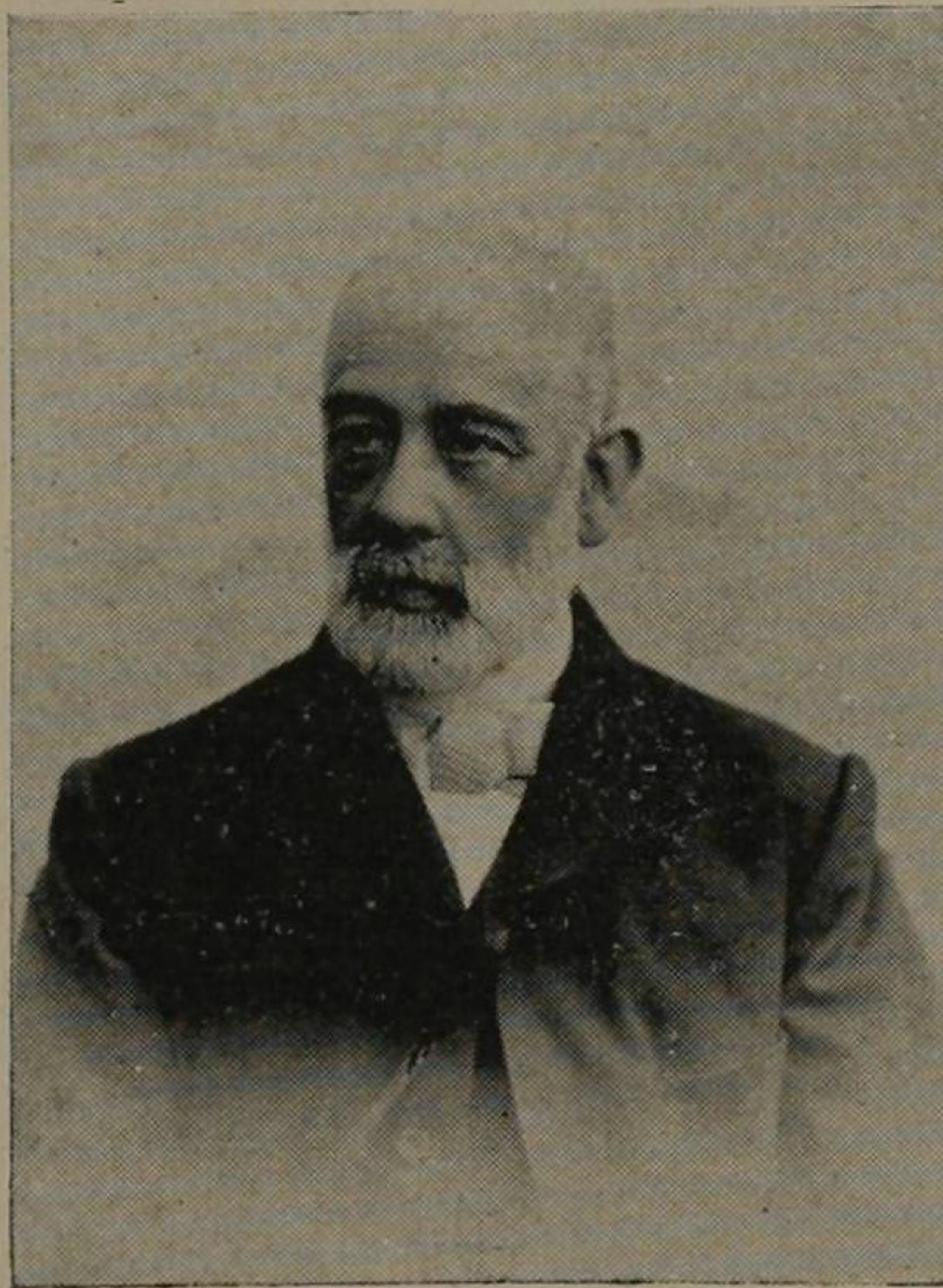
En 1849 don Santiago Pérez tenía 19 años. Por entonces llegaban a Colombia embellecidas y magnificadas por la distancia las ideas renovadoras que el año anterior habían declarado vacantes muchos tronos y abierto en Europa un capítulo nuevo en la historia. Renacía la libertad ahogada por las luchas internacionales y por la franca labor oscurantista y opresora de las grandes potencias en liga contra ella. Las ideas solas en una hora propicia habían puesto en el corazón de los monarcas que quedaron indemnes un santo temor a la voluntad de los pueblos. Así como llegaban a Colombia los ecos de aquella revolución lejana, así han debido resonar en el corazón de don Santiago las palabras de los hombres que formaron el gobierno de López. Su vida, sus escritos dan testimonio de la impresión que ese año sublime dejó en su conciencia de estudiante.

Su amor a las ideas lo sostuvo digno ante sus amigos en la próspera fortuna y erguido y altivo ante sus enemigos en las épocas terribles de la persecución. Desempeñó con igual dignidad la alta magistratura, la labor educativa, la de periodista y la de víctima de un régimen inferior a su desprecio. Por la libertad estuvo siempre dispuesto a sacrificarlo todo, menos su carácter y sus ideas.

En la lucha por sus convicciones perdió su fortuna, su libertad, y expuso más de una vez la vida. En la lucha con un hombre siniestro, cuya falta absoluta de sentido moral ejerció peligrosa influencia sobre una parte, la más ambiciosa de la juventud liberal, don Santiago no quiso ceder un punto ni por lo que hace a las ideas, ni tampoco en las esferas del carácter. Copartidarios suyos juzgaban necesaria la reforma de la constitución. Don Santiago no podía afirmar que esa obra fuese intangible, pero rehusaba con franqueza llevar a cabo la reforma en cuanto ella estuviese dirigida por un hombre que había proclamado en verso, en prosa y en su conducta privada que no tenía fe sino en el mal. A la tenacidad del hombre de carácter que

El bronce no es más duradero

=De Lecturas Dominicales. Bogotá=



Dr. Santiago Pérez

Uno de los últimos retratos del insigne ex-Presidente de Colombia. En el primer centenario de su natalicio (23 de Mayo de 1830). Colombia ha honrado en justicia su memoria.

Distribución de premios universitarios

SEÑORES:

Con profunda satisfacción he puesto en vuestras manos los premios que se os han discernido. Ahora permitidme que ponga también en vuestra memoria una palabra respecto de ellos.

Trofeos de una de las muy pocas luchas que no imponen ningún remordimiento al que vence ni privan de ningún merecimiento al vencido, esos premios deben ser mirados por vosotros con legítima complacencia, no sólo en este instante, sino en toda vuestra vida. Más: si alguna vez llegare a seros necesario un estímulo, volved a contemplarlos; que en ellos encontraréis siempre viva la simpatía de este concurso, que ha sido para vosotros un juez; vivo el resplandor de este día, que es para vosotros un triunfo.

Desde el principio de una carrera que todavía no podéis saber ni a qué profundidades se incline, ni a qué eminencia se encumbre, atesorad cuantas os sea posible de estas prendas de honor. Atesoradlas: de cada oscuridad que pueda haber en vuestro camino, ellas apartarán una sombra; a cada horizonte que se os presente en la vida, ellas agregarán una luz.

Mas si este es el carácter de vuestros premios, en cuanto dan testimonio de lo que habéis merecido, debéis también tener en cuenta que ellos son pruebas de las obligaciones que acabáis de contraer. A la patria

era don Santiago atribuyeron entonces algunos de sus amigos y posteriormente los historiadores ocasionales la división de su partido. Tal como fué planteada por los disidentes en aquella ocasión memorable, la división era necesaria. Los tiempos han venido a justificar la actitud rígida, inexorable y aparentemente soberbia de don Santiago. Los liberales que siguieron al hombre siniestro en sus conatos de reforma, habían regresado a sus tiendas, antes de que sonara para el autor de *El Mar Muerto* la hora de la justicia.

A las labores políticas, a la dirección de los hombres en el gobierno y desde las columnas del diario, don Santiago unió con dedicación de apóstol las tareas de conductor de la juventud en el colegio de segunda enseñanza y en las aulas universitarias. Enseñaba antes que todo la doctrina del hombre de bien. Con las nociones científicas y por encima de ellas impartía los principios en que se funda el carácter. Los que tuvieron la fortuna de escucharle cuando exponía desde la cátedra su saber ordenado, sólido y completo no pueden olvidar nunca la claridad del concepto, la elegancia de la dicción, la pureza de la frase y del vocablo. Imponía respeto su ciencia metódica y justa. Infundía temor saludable la ironía penetrante y acerba con que solía perseguir entre sus discípulos la asidia de unos, la incipiente soberbia de otros.

Los que no tuvimos el honor de escucharle en la cátedra recibimos su influjo en la palabra escrita. Aquella frase impecable que se desenvolvía con precisión y suavidad latinas en períodos completos, donde el adorno no estaba representado por las palabras sino por la armonía incomparable de los conceptos, todavía suena en nuestros oídos como en los tiempos en que un maestro arrebatado por su belleza nos leía los párrafos macizos y perfectos del discurso en la muerte de Murillo Toro, o los cadenciosos períodos, cargados del sentido de la vida, que componen aquella obra insuperable del discurso en el Ateneo.

Más tarde fueron nuestra ora-

(Pasa a la página 372)

ción matinal los editoriales de *El Relator*, en que una voluntad adamantina, una conciencia sana y rebelde, iba minando con labor oceánica los fundamentos de un edificio levantado por el mal para contentamiento de las pequeñas ambiciones, de las mentes engreídas y de las competencias frustráneas. En ese trabajo de zapa le sorprendieron los esbirros para llevarle al destierro. La imprenta fué ocupada por el gobierno y para que se cumplieran las profecías del mismo don Santiago, el papel de imprenta confiscado sirvió para imprimir el Código Civil de la llamada regeneración administrativa fundamental.

Don Santiago murió en el destierro. Corría la época, por él anunciada en palabras de fuego. Se cumplían sus predicciones. El mal dominaba las conciencias, rebajaba los caracteres y se cernía sobre el alma colombiana a la manera del cuadrúpedo volátil en la terrible composición de Alberto Durero. Era el tiempo de la Melancolía.

Fué su interés por la educación el que hizo de Colombia hasta el año luctuoso de 1880 el país más avanzado en materias de instrucción primaria. Las generaciones que entonces recibieron el beneficio de la enseñanza elemental fueron el cemento con que se han mantenido unidos en los años de prueba que vinieron más tarde los «membra disjecta» de la república. Las naciones americanas del Sur miraban hacia Colombia en aquellos tiempos para acomodar sus sistemas educativos a las exigencias de la hora y de la inteligencia. Al influjo de esas reformas el país empezaba a civilizarse. Ninguna prueba más adecuada de la difusión de la nueva cultura en la república por aquellos tiempos que la injusta y temeraria guerra civil de 1876. La moral política de que era representante en esa emergencia don Santiago hizo de aquella guerra un ejemplo de civilidad. No hubo ejecuciones fuera del campo de batalla; la hidalguía de los tiempos caballerescos dictaba la conducta del partido victorioso con los prisioneros y detenidos. Comparando el estado de guerra en 1876 con el de 1900 se puede apreciar el abismo que media entre la civilización que contribuyó a encauzar don Santiago Pérez y la que ostentaron sus adversarios veinticuatro años más tarde.

En las incruentas labores de la prensa fue no menos saludable y fructuoso su ejemplo. La naturaleza le había ofrecido liberalmente armas terribles para la polémica. Por el ejercicio y el estudio constante logró formar el agraciado otras nuevas no menos formidables. Le hacía invulnerable en la polémica su respeto a los hechos. Al paso que sus adversarios fincaban su fuerza en desconocerlos u ocultarlos el filósofo realista y el austero pensador que era don Santiago, jamás perdían de vista el suceso en sus apreciaciones y comentarios. Por estudio y por constitución mental logró fijar siempre en su conciencia los límites de su conocimiento. Sabía con justicia hasta dónde alcanzaba su ciencia y desde qué punto empezaban a ser inciertas sus nociones sobre las cosas y los hombres. Sus adversarios no pudieron darse cuenta del poder oculto que trae

consigo esta demarcación. Por lo que hace a la forma tuvo el gran polemista liberal la maestría completa del instrumento. Conocía la lengua desde sus orígenes y había discurrido con luminosa diligencia por las obras de los mejores escritores castellanos. Sabio catador de estilos y feliz intérprete de la índole del idioma, aprovechó su conocimiento de varias literaturas modernas para enriquecer nuestro vocabulario. Le favorecieron además las hadas que quisieron hacer de él un polemista invencible con la dádiva irremplazable de una delicada y penetrante ironía. A tiempo que sus antagonistas usaban del vocablo estruendoso y mostraban en los labios las burbujas de una sorda impaciencia, don Santiago sonreía suavemente y hendía las carnes de su enemigo con la inesperada comparación envuelta entre los pliegues discretos de una ironía disolvente. En seis meses de lucha, el régimen contra el cual lanzaba diariamente los mensajes de una perfecta urbanidad empezó a sentir los preliminares del derrumbamiento y dispuso el destierro del periodista. No era posible

usar otra defensa contra las armas de que hacía uso con insuperable saber y elegancia el mejor dotado de nuestros escritores políticos en el siglo XIX.

Fué aspiración de su vida y objeto de sus actividades docentes en la cátedra y en el diario penetrar en la realidad de la vida por medio de la idea. Era clásico por educación y por temperamento. De sus enemigos más encarnizados puede afirmarse que pusieron todo su empeño como políticos, todas sus capacidades como literatos, en deformar la realidad por medio de la palabra. Envenenaron el ambiente moral, desorganizaron la inteligencia, invirtieron el significado de la vida trastornando los valores éticos. Fueron románticos fríamente, sin fe, y sin ilusiones. No era posible un entendimiento entre esas dos fuerzas. Como regímenes de vida política el carácter y el interés son incompatibles. En el curso de una vida puede el carácter sucumbir ante las maniobras interesadas de quienes siguen el criterio opuesto, pero en la historia de las naciones prevalece siempre el carácter.

B. Sanín Cano

Estampas

El homagno de la India

(Envío del autor.)

Mahatma Gandhi está dando al mundo la enseñanza heroica. Es un magno varón. Nosotros—este retazo del universo que es nuestro país—debemos abrirnos al influjo. El fariseísmo reinante gritará que no es lícito hacer lo que la tradición de paz y de progreso que nos garantiza repele por amenazante. Para el fariseísmo, Gandhi está condenado al desprecio de los pueblos. La India sojuzgada disfruta del aura civilizadora del Imperio colonizador por excelencia. Gandhi con su desobediencia está haciéndole nacer alas y desenfreno a la anarquía.

Diga el fariseísmo que la enseñanza de Gandhi es profanación y extermínala, pero los que queremos renovadas las ideas abrámosle brecha a la maraña y fecundemos un suelo apelmazado. Gandhi lucha contra la opresión de un poder lleno de infinitos recursos para el vasallaje. Conoce bien la entraña que devora las energías de su India, porque estuvo dentro de ella cuando se le quiso apaciguar el alma y descartarlo. Le habla a esa entraña en la propia lengua que ella le dió como sustituto de la suya, y le dice los males que retuercen el alma de un pueblo intervenido. Pensemos, en medio del vocerío de los fariseos, en esos males. ¿Estamos exentos de ellos? Sí, dice el fariseísmo, mientras la tradición de paz y de respeto a las leyes siga siendo nuestra consejera. Y suelta enseguida su tarabilla contra las ideas que puedan poner en peligro esa tradición.

Pero no nos hagamos ilusiones. Esa tradición los que más interés tienen en fomentarla son precisamente los que están codiciando nuestros recursos económicos y nuestra posición geográfica.

Ellos saben que mientras nos puedan halagar con el elogio de nuestras virtudes de paz y de acatamiento a la Constitución irán consiguiendo sin lucha el suelo y las aguas y el aire. ¿Y de qué disfrutaban los pueblos que han pedido la propiedad y el dominio de esos recursos? Gandhi nos da la luz que debemos proyectar en esta hora de asechanzas. Nos revela la amargura del colono.

Sin aparato ninguno expone al Imperio, por medio del Virrey Irwin, lo que quiere para su India. No redacta una proclama sino una carta sencilla que refleja el inmenso suplicio de un pueblo. Considera que el gobierno británico es una maldición («I hold the British rule to be a curse»). Terrible consideración sobre la cual queremos afirmar nuestra aspiración de libertad irrestricta. En nuestras gentes parece generalizarse el sentimiento del retorno a la colonia. Hay ya una legión haciendo común el pensamiento de que los sucesos nos encaminan a aceptar la dirección extranjera sobre todos nuestros negocios vitales y secundarios. Esa dirección se la dan al norteamericano de preferencia. De todos modos, reflexiona la legión, nos han de coger, pues que lo hagan antes de que nos acabe de llevar el diablo. Es decir, los libertos renacen y proclaman que no hay que defender la tierra, ni las aguas, ni el espacio, porque no tenemos dinero para ponerlos a producir y si tuviéramos dinero tampoco tenemos capacidad para administrar. En cambio el norteamericano, si es organizador y riega prosperidad y civiliza, y nadie padece entonces hambre ni sed de justicia.

Contra ese estado mental hay que luchar con la idéntica tenacidad que se pone en el exterminio de una peste diezmatadora. Salgámosle al paso con la consideración de Gandhi sobre el gobierno que da a la India el Imperio. Todos los pueblos intervenidos padecen la misma maldición del gobierno extraño que se expansiona sin restricciones. Y es más punzante esa maldición cuando el gobierno se lo impone la vileza o la ceguera de los pueblos. Nosotros si caemos, caeremos por vileza y por ceguera. Vileza en el criollo entregado al poder que conquista; ceguera en los engañados con las loas a la tradición de paz y de respeto a la Constitución, mientras escamotea ese poder todos los recursos económicos de la nación. Gandhi quiere redimir a la India del vasallaje impuesto y debemos escucharlo cuando acusa los padecimientos del gobierno extraño, gobierno que ha empobrecido a los millones de habitantes «por el sistema de explotación progresiva y por una administración militar y civil ruinosamente cara». Démonos cuenta de las acusaciones que Gandhi hace cara a cara al Imperio y digamos a la legión de libertos que ora por el retorno de la colonia, que el gobierno extraño no puede usar otros procedimientos de administración que los que la India padece dolorosamente. Digámosle que las consecuencias de esos sistemas son la reducción «políticamente, a la servidumbre» y «un trabajo de zapa de los fundamentos de la cultura», así como «una degradación espiritual mediante la política de desarme cruel».

La capacidad de gobernante máximo concedida por el liberto al extranjero, especialmente al norteamericano, está reflejada en las acusaciones que Gandhi hace al Imperio británico. Mentira que el liberto disfrutará de civilización, porque ésta no la traen los colonizadores como el maná bíblico. De todos los recursos económicos de una nación deriva el poder extraño el rendimiento mayor que ellos sean capaces de dar. Establecen el monopolio opresor para centuplicar rentas que sostengan la administración costosa. En la India «el impuesto más inicuo de todos, desde el punto de vista del pobre» es el de la sal, según Gandhi. El de la tierra es de una «presión terrible».

Contra esa esclavitud ha levantado Gandhi la «desobediencia civil» que tiene conmovida a la India entera. Ha pedido al Imperio libertad para su nación y como se la han negado, lucha con esa arma tremenda de la desobediencia civil blandida en silencio por los millones de almas en suplicio. Le dice al Imperio en purísimo inglés: «El plan de la desobediencia civil será combatir males como los que he señalado. Si queremos separar la conexión británica es a consecuencia de esos males. Cuando estén removidos el camino será fácil.»

Tal es el gobierno extraño que muchos parecen querer y que nosotros aspiramos a condenar. Es un gobierno de aparato. Lo condenamos cuando no cejamos de hablar de la patria con un sentimiento religioso. El fariseísmo reinante tam-

DR. HERDOCIA
**Enfermedades de los ojos,
 oídos, nariz y garganta**

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
 y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

poco ceja en sus designios de servidumbre. Sin embargo, la voz de Gandhi es reconfortante y si no la escuchan los fariseos aturdidos como están, sí fecunda en las conciencias limpias la capacidad de defensa de la nacionalidad. El estruendo del fariseo quiere que las ideas que Gandhi sustente para reconquistar la independencia política y económica de su país mueran ahogadas por la bayoneta del conquistador colonizador. Pero esas ideas son ya comunes y tienen arraigo profundo en millares de almas. Nos profundizan la capacidad de sacrificio que requiere la defensa de nuestras libertades y nos desengañan de la superstición creada al rededor de una peligrosa tradición de paz y de respeto a la Constitución. Nos afirma nuestro nacionalismo que defiende de la propiedad y administración del capital dominador todos los recursos económicos que son el fundamento de nuestra libertad.

Y como coronamiento de todos esos bienes nos da la capacidad que requiere el disfrute de la condición de hombre. Examinar todos los problemas libremente y decir de ellos lo que la conciencia inspire. Y como la conciencia es limpia, el juicio que ella inspira ni tiene manchas ni dobleces. Esta probidad nacida espontáneamente se manifiesta de la misma manera. Rabindranath Tagore, a quien

el Rey de Inglaterra ha hecho Caballero, se encuentra en Londres cuando Gandhi declara la desobediencia civil. Se le está agasajando y el halago inglés en nada impide que diga: «La India está gobernada por una maquinaria complicada. Los mecánicos que la guían han tenido un largo aprendizaje en el poder, pero ninguna tradición de simpatía humana, que es superflua en el taller. Son incapaces de comprender la India viviente, debido a la mentalidad natural de una burocracia que simplifica su tarea y maneja una raza extraña desde la distancia por medio de multiples switches, mangos y ruedas, y difícilmente por medio del contacto humano. Produce resultados perfectos en tanto la raza sojuzgada se someta sumisamente como materia sin vida, condescendiente con la ley y el orden hechos a máquina, no ofreciendo ninguna resistencia al ser explotada.»

Tagore armonizaba con lo expresado por Gandhi en su carta al Virrey Irwin: «Una reducción radical de los impuestos depende, por lo tanto, de una reducción radicalmente igual de los gastos de la administración. Significa esto una transformación del plan de gobierno. Y tal transformación es imposible sin nuestra independencia.» «A pesar de las montañas de libros que contienen las leyes y reglamentos, la única ley que la nación conoce es la voluntad de los administradores británicos, la única paz pública que conoce la nación es la paz de la prisión pública. La India es una vasta prisión. Repudio esa ley y considero como mi deber sagrado romper la triste monotonía de la paz compulsoria que sofoca el corazón de la nación por falta de respiración libre.»

Volvamos el pensamiento a la India y generalicemos la consideración terrible de Gandhi de que todo gobierno extraño es una maldición.

Juan del Camino

Cartago y junio de 1930.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.
 SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
 Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
 Socio Gerente

Distribución de premios...*(Viene de la primera página)*

más le debemos cuanto más tenemos; luego más alta moralidad, más profundo saber, mayor esplendor de ingenio debe la patria esperar de vosotros, que de los que no han obtenido esos premios; o ellos no serían la justa expresión comparativa de vuestra buena conducta, vuestra consagración al estudio y vuestro adelantamiento científico.

Obtener los premios de la Universidad es ser designados para llevar la vanguardia en el movimiento intelectual del país. ¡Avanzad, pues, señores! Abrid el camino al medio millón de alumnos que ha empezado ya a formar la Nación, como su ejército escolar permanente. Ese ejército os sigue muy de cerca. De todos los Estados vienen sus himnos triunfales, que refundidos en una sola armonía marcarán de hoy más, firme, libre y feliz el paso de la República.

Ahora bien: ¿hacia dónde deberéis dirigir ese paso? Sobre esto os expresaré mi opinión.

Vuestros padres combatieron, y su victoria se llama emancipación; vuestros hermanos mayores han combatido y su victoria se llama libertad; vosotros tenéis que combatir, y vuestra victoria deberá llamarse paz y conciliación; deberá llamarse seguridad y crédito; deberá llamarse vías de comunicación y comercio.

Independencia nacional, libertad política, vida industrial, han venido a ser, pues, para nosotros, fases sucesivas del progreso, repartidas como porciones de una misma obra entre las subsiguientes generaciones de una misma patria.

Y no seréis vosotros por quienes se juzgue a los hijos de la República menos capaces que los hijos de la Colonia para el cumplimiento de su respectiva tarea. No degeneraréis de la raza que retuvo el aliento durante trescientos años, para purificar el suelo de la patria como con un solo soplo, que fue un huracán de victorias. No bastardearéis de una generación que aceptó para sí sola todo el sacrificio de sangre, a fin de que, libres vosotros de esa terrible responsabilidad, pudieseis fecundar las instituciones que ella os deja fundadas, y que sólo os exigen, si queréis ser libres con ellas, la honradez de ser sensatos para comprenderlas, la sensatez de ser honrados para practicarlas.

La fecundación de esas instituciones, que encierran en sí los sacrificios del pasado y las esperanzas del porvenir, os imponen deberes correspondientes, de que me atrevo en esta ocasión solemne a señalaros los principales.

Así como los lugares tienen la sombra de sus propias alturas, así las épocas tienen los padecimientos de sus grandezas respectivas. Por el fuego de las revoluciones, como por el lecho del tormento, no pasan jamás hombres ni pueblos sin que les quede algún desasosiego en el ánimo, alguna cicatriz en la carne.

La generación a quien vosotros sucederéis no ha podido, ella tampoco, dictar el oráculo de las libertades civiles sino entre los dolorosos espasmos que son a un tiempo el signo y la expiación de las grandes inspiraciones. Ella ha tenido que sudar el sudor de sangre que constituye conjuntamente la prueba y el precio de las redenciones eternas.

Vosotros, pues, tendréis que entrar como sangre nueva y generosa en venas que las civiles discordias han amargado y los campos de batalla empobrecido. Tenéis que continuar el debate providencial de las opiniones, con el solo lenguaje de la convicción honrada, única que, segura de su propia duración, no tiene la impaciencia de imponerse por el sofisma o la fuerza. Tenéis que sustituirnos en el ejercicio del poder público,—poder que no os llegará a tiempo sino cuando no lo llaméis—cuando os resignéis a recibirlo con la unción patriótica que sólo os puede dar una elección verdadera, y a desempeñarlo con la eficacia moral que nace exclusivamente del afecto y la confianza del país.

Esos son, en suma, vuestros deberes políticos.

En cuanto a la parte económica no os corresponde ninguna extraordinaria labor. No hay en nuestra patria estructura de privilegio o almacén de monopolio que ciegue la corriente de la industria, que la desvíe o la estanque contra conveniencia o justicia. Sobre un suelo que tiene todas las fecundidades y que no soporta desigualdad institucional ninguna, en la obra de la producción, el capital y el trabajo no darán entre nosotros, como han dado en otros pueblos, el desalentador espectáculo de combatir, como los gemelos del patriarca, desde las entrañas maternas.

No se exige de vosotros que creéis la riqueza instantáneamente, como fue creada la luz. No; es ella la que se ha de crear a sí misma, ya que Dios puso hasta en sus menores porciones la virtud del principio y la eficacia del germen. Lo que podéis y debéis hacer vosotros por la riqueza, es acrecerla con el trabajo y el ahorro; atraerla con la seguridad y el buen trato, para que el crédito la propague, la asociación la fecunde y la equidad la reparta.

Eso será suficiente para que ella junte los océanos, nivele las cordilleras y pueble las soledades; que de todo ello necesitamos para entrar en comunicación con el mundo, y todo ello vendrá con la paz, la perseverancia y el tiempo. Seguramente Dios no ha levantado como un velo nuestras montañas, ni extendido como un palio nuestros bosques, sólo

STUDIO ARIAS (FOTO SOTILLO)

TELÉFONO 2437

Está Ud. pensando cómo
puede sinceramente decir
"gracias"
por un inesperado regalo?
Envíe Ud. el más
personalísimo reconoci-
miento: SU RETRATO.



Haga Ud. una visita hoy a

LUIS G. ARIAS, FOTOGRAFÍA SOTILLO
SAN JOSÉ

para hacer pasar perpetuamente, y como reyes proscritos, a nuestros ríos solitarios por nuestros valles desiertos. Desechad, desechad vosotros también la aniquiladora teoría que nos declara incurablemente incapaces de salvar los estorbos que nos aíslan, como los demás pueblos han salvado los que los aislaban a ellos; y que pretende hacernos creer que las riquezas naturales que nos rodean no son la parte con que nos corresponde contribuir para el festín de los pueblos; sino la mera ración de una raza prisionera de por vida; o el viático de la muerte que en cada sepultura depositaba el salvaje.

No, señores. Nuestro deber colectivo indeclinable, nuestra tendencia irresistible, ha de ser la de abrirnos camino a los horizontes del mundo. Necesitamos ya la atmósfera del comercio universal para nuestra respiración de pueblo civilizado; y podemos, debemos romper las ligaduras que nos sujetan. Ni la historia ni aun la imaginación han representado todavía a todo un pueblo en la condición del antiguo Encélado; es decir, amarrado con la eternidad de una cadena a la eternidad de una roca.

Esa suerte la merecía sólo el pueblo que delante de las dificultades que le cerrasen el paso, no tuviera la fe y la resolución del profeta que arrojó su propio manto a las olas para que le abriesen camino.

Así, pues, si las cordilleras son las fortalezas que ahora nos combaten; si son los desiertos los campamentos que nos sitian ahora; si las distancias consumen nuestras fuerzas y el aislamiento anula nuestros recursos, apelemos ya a la ciencia, que es la única artillería que puede herir a esa altura; al riel y al alambre, que son las únicas alas para salvar ese abismo; a la paz, que es la salud necesaria para acometer esa campaña; y a la unión, que es el solo aliado con quien se puede conseguir ese triunfo.

Esa es la tarea social de la nueva generación. Es ella la que ha de herir con la vara del trabajo nuestras regiones que, como el Horeb, sólo aguardan a los Aarones de la industria para desatar sus raudales. Es ella la que ha de abrir para esos raudales el canal del comercio; canal que a un mismo tiempo lleva la corriente y la trae; porque el cambio, como se ha dicho de la caridad, con un mismo acto realiza la satisfacción del que recibe y la satisfacción del que da.

Por tanto, miembros de la nueva generación,—los que vencisteis ayer, los que habéis vencido hoy, los que habéis de vencer mañana,—apercibid para la tarea que os está encomendada: la ciencia, que señala el camino; el trabajo, que atropella el obstáculo; la asociación, que multiplica las fuerzas, y la libertad, que distribuye los frutos.

Preparaos a ser ciudadanos, a ser gobierno, a ser una patria que de todos los productos haga, por el cambio, una riqueza común; de todas las opiniones, por la tolerancia, una misma doctrina; de todos los derechos, por su eficacia, una libertad efectiva; de todos los Estados, por la confraternidad, una república indivisible; y de todos los colombianos, por el amor, una sola familia.

No creáis que falte a vuestro trabajo el prestigio de la dificultad. Delante de todo reino prometido, en la ciencia o en la industria, se extiende siempre el desierto de la desconfianza y de la prueba; a ningún mundo nuevo, de cosas o de ideas, se llega jamás sin arrostrar las tempestades de la naturaleza, que son grandes, y las cóleras de los hombres, que son mayores.

Aun podréis aspirar a una palma, como nuestros próceres. No es mártir sólo el que rinde la vida al poder de los suplicios, ni libertador únicamente el que aparta los grillos del pie del hombre, o el yugo de la cerviz de los pueblos. Hay también sacrificio en el sacerdocio paciente y abnegado de las ideas; y en el reino de la justicia no se cuentan por más las cadenas quitadas que los abusos corregidos o los errores rectificados.

No creáis que vuestro instrumento, la razón, pese menos que la espada, o devore menos que el tiempo. Recordad que la sabiduría no llegó a nacer jamás, ni aun de la cabeza de un Dios, sino al doble golpe del dolor, que es el estudio, y del hacha, que es la necesidad.

Tranquilizaos, pues, los que optéis por el sacrificio: puede haber calvarios en todos los caminos; hay cruces sobre todas las cumbres.

En compensación, para tan altos deberes, no era posible que os hiciera falta una cooperación suficiente; y con efecto, la justicia y la prudencia social han empezado ya a prepararos, con la educación de la mujer, un auxiliar poderoso. La mujer, educada, traerá a vuestra obra de civilización su espíritu, que nada tiene que envidiar al de vosotros, y su sentimiento, que sí tiene mucho con qué mejorar el vuestro.

Los otros maestros hallan todos, o pueden hallar, un término en la enseñanza que dan; como que es en definitiva la propia razón, dueña de los hechos por la experiencia y de las leyes de los hechos por el examen, la que pone en posesión de la ciencia verdadera, la cual dista mucho, vosotros lo comprendéis, de la noción escolástica de los libros. Los otros maestros tienen su término en la enseñanza; mas no así la mujer, que jamás abandona el magisterio del bien.

Ahora permitidme, para concluir, dos palabras. La una es el justo aplauso a vuestros directores y maestros, que mantienen entre vosotros el orden, no como esclavitud, sino como armonía; que os preconizan la

ciencia, no como poder, sino como verdad; y que os enseñan amar la libertad, no como belleza, sino como justicia. Y la otra, que es la siguiente, de recomendación a vosotros mismos.

La Universidad necesita, para seguir representando la unidad del país, del apoyo de los Estados y de la simpatía de los ciudadanos; apoyo y simpatía que la ley ha podido darle al nacer, pero que sólo vosotros podréis consolidar, reflejando sobre ella la luz de una vida privada llena toda de honor, y la de una vida pública toda llena de patriotismo.

¡Sea por tanto vuestro saludo, al reuniros en sus claustros sagrados, mientras ellos os sirvan de hogar; y sea vuestra despedida, cuando ya os separéis a los cuatro vientos de la República, esta advertencia recíproca: hijos de la Universidad, nuestra propia conducta será la medida y la razón de la vida de nuestra madre común!

Santiago Pérez

En las ediciones del CONVIVIO hay un cuaderno de Artículos y Discursos del Dr. Santiago Pérez. Se vende a \$0.50.

Satán

*Toda la vida es amor:
el mal es el enigma.*

Valle-Inclán

Desde el infinito instante en que *Aquel* cuyo nombre debió de pronunciarse en cuatro letras—según el verso áureo de Pitágoras—hizo mundos y esferas, Satán ya ofrendaba, como los querubines, su monótona alabanza al Creador. Como ellos, su satisfacción era entera: sus voces y el són de su cítara virtuosa subían hasta Dios “el Magnífico”, “el Omnisapiente” y “el Justo”, como una nota de campana sin eco en el abismo infinito e invariable del tiempo. Era feliz como los peces estúpidos y vagabundos de las aguas. Pero no siempre fue así: llegó momento en que Dios, para mirarse en su obra, regó el haz de la tierra y formó el hombre con alma “racional”. Fue un segundo terrible: Satán se contrariaba con ansiedad de martirio; ya había recorrido el sendero de las prevaricaciones y veía cómo el hombre (potencialmente divino por la Voluntad Suprema) hacía su liberación, poco a poco, del lodo caótico de que estaba formado. La Naturaleza le impuso, al criarlo, una voluntad que lo exaltase y una imaginación que lo llenase de fantasías y de ensueños, y Satán miraba cómo, en opuesta realidad, aquél tenía las preocupaciones del avance, del crecimiento y del constante esfuerzo. Y eso clavaba en su frente la espina filosa de una incomprensión. Fue así como, un día de tantos (de exagerada extensión en el principio del mundo) vino a su mente el inmenso desastre de su vida anterior. Jehová lo había castigado sin tasa, y su justicia había sido tan recia, que no fue capaz de absolverlo con el dulce “perdón” que para el mundo pregonara siglos más tarde un judío bueno y enjuto de Nazareth. Recordó otrã vez su caída; su enorme caída de ángel culpable,—de planeta en planeta, de abismo en abismo, de peñón en peñón. Y memoró, cómo fue el réprobo, el excomulgado de Dios y de las Leyes!... Pero ocurrió que la necesidad y el deseo movieron a los hombres el contraste sublime de una rebeldía como la suya, y de esa manera, sobre el espíritu de cada ser inconforme se alzaron—en la noche de sus desengaños—dos alas inmensas de condenado. El hombre sintió el motivo punzante de una novedad y Satán pudo admirar, de un modo distinto, el paisaje sin eco de las regiones celestes. Alguna vez—*malgré* su miseria presente— fue adorado en las fiestas de los jóvenes y fue alabado como a Dios mismo. El Sublime Arquitecto le concedió el atractivo de las cosas grandiosas, y en Inglaterra, un ciego—por las trazas un poeta—vino a cantar su caída en versos libres y prosaicos. El estro latino de un vate alemán lo ponderó ante el mundo como si fuera una fuerza intermedia eficiente, y de esa

forma fue entonces feliz. Sintió otra vez el gozo especial de llamarse “Hijo Luminoso de la Mañana”, “Portador de la Luz”, “Luz Astral”, como en sus días de gloria pasada. Se conceptuó, después de Dios, el más ponderado de los Seres. Y era cierto! Los hombres, al recordarlo, sentían el calofrío siniestro del miedo. Entonces, físicamente, lo vistieron de frac: lo declararon alto, “ascéticamente flaco”, de nariz aguileña (al fin, judío), de barba pequeña y angulosa y de ensortijado pelo en la frente. En el orden moral, lo vieron como el espíritu de negación,—mordaz, crítico, tentador. Y así, Satán el abyecto, llegó a ser necesario en la redención de los hombres. Y qué! De antes, ¿no había sido? Sus falsedades (las falsedades del corazón y las íntimas falsedades de la inteligencia) ¿no contribuyeron en algo a la afirmación definitiva de las cosas? El panteísmo de Goethe lo ponderaba así. En acto propio del poeta lo conminaron como si

fuera una fuerza distinta de los hombres: entre Fausto que representaba la Inteligencia y Margarita que simbolizaba el Amor; —y accionó en la efímera actitud del que debía ser vencido por el “femenino eterno” de una dulce mujer.

Han pasado los tiempos y el juicio de los hombres (soñando) ha venido a situar el Edén sobre la tierra. El primitivo Satán, el Angel de la Muerte, ha cambiado su significación, si no su esencia: como a Jehová se le llama el “Adversario”, y el “Agente provocador”, Caín mismo,—hijo de Eva y de Samael... Pero qué!, sueñen o piensen los hombres, al recordarlo, todos ven como Helena: que *no hay Demonio alguno*; que *no hay Mal fuera de la humanidad que produzca un demonio*: que el mal es una necesidad y uno de los sostenes del Mundo manifestado; es una necesidad para el progreso y la evolución,—del mismo modo que la noche es necesaria para la producción del día y la muerte para la de la vida—*para que el hombre pueda vivir por siempre*. Y es que sólo así puedes tener—oh Satán! naturaleza...; amplio y vasto reinado universal!

Victor M. Cañas

Limón, agosto de 1929.

(Envío del autor)

Nuestros amigos

(Colaboración inédita)

Me invitaron al *lunch* cierto día en Nueva York, en las oficinas de *The Nation*. En el semanario tenía yo algunos amigos personales, amigos de mi época de Ministerio, amigos a quienes entonces parecía muy bien todo lo que yo hacía, pero que apenas dejé el Ministerio empezaron a encontrarme diferente. Se me anunció que en la comida tendría yo ocasión de explicar a todos los redactores de *The Nation* y al propietario del periódico mi propio punto de vista sobre la situación mexicana. Por eso acepté la modesta comida en la intimidad—comidas con agua helada que, por lo que hace a cocina son inferiores a las de un albañil de cualquier nación latina. Pero la compañía comenzó siendo agradable y desde luego, distinguida, importante. El propietario millonario y de abolengo liberal, trataba a todos con la gentileza del gran señor. Los redactores, corresponsales, entre ellos había una dama, eran todos hombres ilustrados, viajados. No hablaban otro idioma que el inglés, pero al fin, eso es propio de las razas do-

minadoras, no ocuparse del idioma de los pueblos sometidos, y yo, ya bien quisiera darme el lujo de no hablar otra cosa que mi español. La comida empezó tranquila, cordial; se hicieron referencias gratas a las numerosas veces que *The Nation* se había ocupado con encomio de los trabajos que me tocó dirigir en Educación Pública, en mi patria. Todo esto era, sin embargo, preámbulo; lo que a unos y a otros interesaba,—y estaba presente también un espía del gobierno mexicano—, lo que interesaba era llegar al instante de entonces, a mis críticas violentas contra la administración de Calles. ¿Pero, cómo, si era su colega en el Ministerio? ¿Pero, acaso, no está continuando su propia política en Educación Pública? ¿Por qué no mejor regresa usted a México a colaborar con sus antiguos amigos? Yo no había ido a escuchar consejos sobre mis propias resoluciones, ni tampoco a pedir opiniones sobre la marcha de los asuntos de mi país; en todo caso estaba dispuesto a dar yo esas opiniones y así empecé a hacerlo; lo hice

con esa suavidad terrible que poseen los hechos indiscutibles. Les hice ver cómo Calles, elevado al poder por las armas de Obregón y eminentemente impopular por sus antecedentes: de verdugo, tenía que pagar un enorme ejército para poder sostenerse, y los gastos de ese ejército le habían obligado a reducir el presupuesto de Educación a la mitad; les hice ver cómo Calles bolchevique se ocupaba de comprar estancias, latifundios; les hice ver cómo Calles, liberal, se ocupaba de sacar de sus casas a sus enemigos para fusilarlos. Les pregunté yo, a mi vez, cómo es que *The Nation* que sabe todo esto tan bien como yo, no ha levantado su protesta, no ha dicho una sola palabra; al contrario, ha estado defendiendo, estimulando al caudillo de México en todos sus atropellos. ¿Cómo es, les dije, que este semanario puritano, liberal, incorruptible según se afirma, para tratar los asuntos del mundo, cuando se trata ahora de México no sólo transige con el crimen sino que lo apoya, lo alaba, lo exalta? Y por último, agregué: La actitud pacifista, humanitaria de *The Nation* en cuanto se trata del mundo; pero implacable cuando se trata del pueblo mexicano, me causa el efecto de un vegetariano que en su país se abstiene de comer carne de animales, pero come gente si está entre caníbales; vegetarianos en su país y caníbales en el extranjero; eso es, les dije, el efecto que me causan ciertos artículos de *The Nation*.

Después de esta pequeña explicación, hubo algún suspenso, pero parece que todos nos habíamos decidido por lo menos a hablar claro, porque el redactor en jefe me dijo cortésmente, pero con aire de que me iba a desconcertar: ¿Y cómo es entonces que usted sirvió a Obregón varios años? Muy fácil, respondí, y no hay contradicción en mi conducta; en los años que yo serví a Obregón se gobernó con la ley; después Obregón se apartó de la ley, se olvidó de su programa, nos engañó a todos, se hizo dictador y, desde entonces se vio acompañado de hombres muy distintos de los que le siguieron al principio. Después le dije, que es Obregón el que se ha apartado de la moral y del decoro y no sus antiguos partidarios. Con esto terminó el almuerzo; subimos a la terraza para ver el panorama de la ciudad de Mammon, y el mismo redactor que me había lanzado la pregunta inocentemente malévolamente, me explicó: Nosotros no podemos cambiar de política respecto de la administración mexicana, no obstante que conocemos sus yerros, porque nos desacreditaríamos en nuestras censuras a la administración norteamericana si, de la noche a la mañana confesásemos que nos habíamos equivocado en la cuestión mexicana. La excusa no me parecía suficiente ni digna y mucho menos puede ser aceptable cuando se considera que algunos—por lo menos—de los colaboradores de *The Nation* han recibido sueldos o gajes de los caníbales de la administración callista. Me convencí de que mi impresión de desagrado para *The Nation* era justa cuando se hicieron públicos los documentos que reveló Hearst. Entre los pocos cuya autenticidad quedó patentizada estaba un recibo de *The Nation* por mil dólares recibidos del gobierno de Calles, por anuncios. No sé yo qué mercancía tengan que anunciar los gobiernos. Sé también que la suma de mil dólares es insignificante para un publicación como *The Nation*; pero una serie de indicios acaban por volvernos escépticos; acaban por darnos la impresión que citaba yo antes,

cuando se trata de los amigos profesionales de México entre la prensa, entre la intelectualidad norteamericana. No aman al México bueno, al pueblo que sufre, al artista que crea, sino al gobierno poderoso: vegetarianos en su país y caníbales en el extranjero; he allí la impresión que me dan la mayor parte de estos profetas del acercamiento intelectual y moral de Norte y Sud América.

La actitud de *The Nation* ha sido típica de lo que acabo de decir, pero *The New Republic*, el otro de los órganos de izquierda, de liberalismo, ¡qué sé yo!, no ha sido menos singular. Allí escribe otro perito de la situación mexicana; perito de la América Latina en Estados Unidos, el famoso radical Carlton Beals. De cuando en cuando Carlton Beals pierde los estribos y publica artículos como aquellos en que revelaba las crueldades de Calles y Amaro durante la campaña de reconcentración de los rebeldes de Jalisco. Pero en seguida repara los agravios anunciando como anunció después de las elecciones de noviembre último: primero, que yo había perdido, pero que había disfrutado de las más amplias garantías; se olvidó de los catorce millones de mexicanos que votaron por mí; se olvidó de los intentos de asesinato en mi persona, y se olvidó de los centenares de mis partidarios asesinados por el gobierno; pero cuidó de agregar que Ortiz Rubio, aunque nada valiera en persona, era fuerte porque lo respaldaban Calles y Amaro. Este artículo apareció en diciembre de 1929 en *The New Republic*.—El ingenuo Waldo Frank, cree todavía en *The New Republic*, y me habló a mí del apostolado de

The New Republic. Pero volviendo a Carlton Beals, algo ocurrió recientemente, alguno de los artículos suyos en *The New Republic* disgustó a los caníbales, porque, de pronto anunció el cable que había sido encarcelado por orden de Amaro, el Ministro de la Guerra de Ortiz Rubio, el brazo derecho de Calles. En el instante de ser aprehendido, el radical Carlton Beals, el bolchevique Carlton Beals pidió auxilio ¿a quién pensaréis? ¿Moscu? No, señor; a Mr. Morrow que estaba en Londres, a Mr. Morrow, embajador de Estados Unidos en México, íntimo de Calles y representante de la casa Morgan. Y la aprehensión del radical Carlton Beals, el amigo de Sandino, no duró dos horas, porque antes llegó el telegrama de Londres, el telegrama de Morrow, y Carlton Beals quedó en libertad.

Lo cual a mí me enseña que, por muy bolcheviques que sean éstos nuestros amigos del Norte, o por muy liberales y apostólicos que se nos presenten, en realidad son, no dejan de ser súbditos—y leales—, servidores fieles del Imperio. Y no obstante que es tan poderoso el Imperio, ni siquiera nos manda a sus apóstoles por su cuenta; siempre son instituciones nuestras, gente nuestra quien los paga. El servilismo inconsciente en los pueblos sometidos no hace tomar en cuenta entusiasmos con todos éstos que se dicen nuestros amigos, pero que fácilmente se descubren en la primera prueba, y nos comprueban que son más peligrosos que nuestros enemigos francos; más peligrosos que Brisbane y los imperialistas son estos falsos amigos: nuestros amigos.

José Vasconcelos

Otra vez Ford

(Envío del autor)

Don Juan del Camino en su segunda salida contra Henry Ford ironiza un poco a mi costa. Dice que en un manual industrial para uso de escuelas y el punto de vista de un obrero me han convertido de la noche a la mañana en un apolo-gista de la fordización. Es verdad que de las dos cosas me serví al escribir mi artículo, y no me arrepiento en absoluto. No me creo tan sabido en estas materias técnicas para desdeñar el uso de un manual, y en cuanto a las opiniones del obrero francés a quien el peregrino señor de las *Estampas* llama con gran desdén «un pobre repetidor de las ideas de auto-propaganda del manufacturero yanqui», quiero darle, por si acaso los ignora, algunos datos. H. Dubreuil es autor de dos libros: *La République Industrielle* prologado por Charles Gide, y *Standards* prologado por H. Le Chatelier de l'Académie des Sciences de París. El nombre de estos ilustres padrinos bastaría a recomendar tales obras, pero quiero también agregar que la última, que es la que por ahora nos concierne, está editada por Bernard Grasset, 1929, contiene 425 páginas de lectura nutrida, de hechos y observaciones agudas y ha sido recientemente traducida al inglés (posiblemente dirá Don Juan por cuenta de Henry Ford y con miras de propaganda).

Me tienen pues por esa parte sin cuidado las ironías de mi contendor, pero pienso que él ha confundido las cosas. Yo me referí, como notará cualquiera que se tome el trabajo de leer otra vez mi artículo, al punto de vista del obrero francés únicamente con respecto al peligro del automatismo que algunos apuntan a la producción en masa, y dije, y no tengo empacho en repetirlo, que después de la lectura de Dubreuil muchos de mis recelos sobre el particular han desaparecido. Un contrincante menos apasionado que el mío hubiera tratado de buscar el libro ya que a mí no me era posible, sin abusar de la hospitalidad del *Repertorio*, dar las varias e interesantes experiencias de Dubreuil en las fábricas americanas, o al menos hubiera observado que las citas que de él y del manual hacía yo en mi artículo, referentes a la fábrica, la escuela y el hospital de Ford, llevaban un objeto más bien didáctico que contencioso, pues que juzgando por lo que pasa aquí,—donde aún los enemigos del fordismo reconocen la admirable organización de aquellas instituciones—supuse que nadie en ésa trataría de negarla. Don Juan, sin embargo, no halla nada de qué admirarse. La gran economía de esfuerzo, la utilización de tiempo y de espacio llevada al máximo, la rapidez y la exactitud de miles de

operaciones, procesos que antes tomaban horas de trabajo manual y que ahora se realizan con sólo mover una palanca, métodos absolutamente nuevos que se creían imposibles, como ajustar y soldar los 95 tubos del cuerpo del radiador sin intervención ninguna del hombre por medio de una máquina que produce dos de esos cuerpos cada minuto, todo esto y mucho más le deja frío cuando no lleno de desdén. A mí, en cambio, quizá por demasiada ingenuidad, estas cosas me entusiasman más que los versucos y las retóricas del trópico.

Don Juan se duele de que en vez de escribir yo unas cuantas páginas austeras (reprobatorias será mejor llamarlas) me haya contentado con citar hechos y observaciones que él había leído ya en otra parte. Confieso que cometí un error no manifestando de antemano que mis informes iban destinados a los lectores poco instruidos en el movimiento industrial moderno y no a él que está al cabo de todas estas cosas y sabe hasta el nombre de la calle de Detroit donde se encuentra el hospital de la fábrica de Ford. Así tal vez le hubiera ahorrado el laboriosísimo cotejo que tanto espacio ocupa en esta nueva producción de su pluma. Y a propósito de hospital, bueno es también recordar que si yo lo traje a cuento fué para hacer ver que Ford estaba a cubierto de las censuras de Don Juan del Camino contra el filantropismo de los millonarios norteamericanos. Trabajo perdido. Don Juan la emprende ahora contra Ford por no hacer exactamente aquello por que antes lo criticaba y nos lo pinta como un tacaño de durísimas entrañas que pretexta desconfianza en la capacidad administrativa de los promotores de la empresa benéfica para evitarse contribuir a su sostenimiento. Ante tal adversario conocedor aún de los más íntimos repliegues del corazón del magnate de Dearborn, no queda más que darse por vencido y abandonar al pobre Henry Ford a su suerte.

Hay sin embargo un argumento, el único que asoma la cabeza por entre la maraña de casi tres páginas de tipo pequeño y nutrido, que merece contestarse. «El obrero invierte su salario en hospital y fotingos. El poder adquisitivo del salario mínimo fordizado reside en que compra lo que Ford produce. De esta manera se genera un torrente de oro que apenas se bifurca en apariencia del torrente impulsado por Ford.» En cuanto a lo primero, salta a la vista que los operarios de Ford no están en peores condiciones que los de las demás fábricas del mundo, sino que por el contrario, debido a la condición sanitaria de la fábrica y a sus buenos jornales, corren menos riesgo de enfermar y que aún en caso de enfermedad siempre pueden aprovecharse de las facilidades y de los precios módicos de un hospital que a otros costaría demasiado caro. Al argumento de los fotingos ha contestado ya un profesor ilustre de economía de la Escuela Libre de Ciencias Políticas de París, insospechable de excesiva complacencia con el sistema de la fordización del cual por el contrario ha puntualizado no pocos peligros. André Siegfried en su libro

INDICE

Legenda aut acquirenda



Dr. José Germain: <i>Pruebas de Inteligencia</i>	¢ 7.50
N. Ognew: <i>Costia Riabsev en la Universidad</i>	4.00
J. Plejanov: <i>Anarquismo y Socialismo</i> ...	3.00
N. K. Krupskaja: <i>Lenin (Recuerdos)</i>	3.75
Eugenio d' Ors: <i>Cuando ya esté tranquilo</i>	4.00
Luis López de Mesa: <i>Introducción a la Historia de la Cultura en Colombia</i> ...	5.00
Victor Pradera: <i>Al servicio de la Patria</i>	3.50
Máximo Hernández: <i>El héroe del ridículo (Novela)</i>	3.50
M. de Burgos y Mazo: <i>Al servicio de la doctrina constitucional</i>	3.50
Q. Saldaña: <i>Al servicio de la justicia</i>	3.50
Alicio Garcitoral: <i>La ruta de Marcelino Domingo (Ensayos)</i>	3.50
Landelino Moreno: <i>Historia de las relaciones interestatales de Centroamerica</i>	14.00
Augusto Messer: <i>El realismo crítico</i>	2.50
Pedro E. Pico: <i>La novia de los forasteros (Comedia en 3 actos)</i>	3.59
Eugenio d'Ors: <i>Europa</i>	3.50
Armando Chirveches: <i>La Virgen del Lago</i>	3.50
Arturo Vázquez Cey: <i>El angelico asesino</i>	4.00
Luis L. Franco: <i>Nuevo Mundo</i>	4.00
Fernando Santiván: <i>El crisol (Novela)</i> ...	4.00
Fernando Santiván: <i>Robles, Blume & Co. (Novela)</i>	4.00
Rafael Maluenda: <i>La cantinera de las trenzas rubias (Novela)</i>	3.00

15 novelas completas, a 0,25 cada una:

W. Scott: <i>El enano negro</i>	
Mayne Reid: <i>La reina de los lagos</i>	
Paul Feval: <i>La fábrica de crímenes</i>	
Ainsworth: <i>El bandido de Londres</i>	
Mark Twain: <i>El disco de la muerte</i>	
E. Sienkiewicz: <i>Bartek el victorioso</i>	
O. Goldsmith: <i>El vicario de Wakefield</i> ...	
A. Daudet: <i>Tartarín en los Alpes</i>	
Gmo. Hautt: <i>El amo del desierto</i>	
P. Merimee: <i>Colomba</i>	
Félix Urabayen: <i>La última cigüeña</i>	
Ivan Bunin: <i>Las tribulaciones de Tifón Illich</i>	
B. de Saint Pierre: <i>Pablo y Virginia</i>	
Dostoievski: <i>Pobre gente</i>	
Un testigo: <i>Las hazañas del EMDEN</i>	

Dirijase al Adr. del Rep. Am.

Les Etats Unis d'Aujourd'hui, considerado el mejor de cuantos se han escrito sobre este país por extranjeros, desde Tocqueville a nuestros días, escribe lo siguiente: «No hay nada malo en reducir el costo de producción por medio de la estandarización, ni en transferir al obrero en la forma de aumento de jornales parte de la economía hecha y recobrarla luego vendiéndole mercancía. Este es un ciclo completo y saludable, siempre que el país viva independientemente de sus propios recursos. La idea es tan clara como el cristal y es sin duda por esto que se acepta con tanto entusiasmo. Si uno trabaja sobre la base de unos cuantos artículos y un número ilimitado de consumidores, el menor progreso paga automáticamente, como se sabe. En los talleres de Ford, v. g., la más mínima economía da resultados tangibles».

No hay necesidad de decir que el autor de las *Estampas*, llevado de la antipatía que le causa el industrialismo americano,

no perdona ocasión de satirizar al fabricante de Detroit, y a mí de rechazo. Pasaré por alto, en obsequio a la brevedad, aquello de que la escuela técnica de Ford no es un centro de investigaciones pedagógicas y de que si el millonario cambió el modelo de su automóvil no fué por aventura sino por negocio, para no referirme más que a las burlas de Don Juan sobre la Nave de la Paz. Como se ve, Don Juan saca a relucir textos viejos, aunque por otro lado me hace cargo a mí de exhumar páginas de propaganda fordista. No que yo encuentre mal que él se divierta de la murria de Cartago riéndose de la quijotada del Peace Boat. Yo también me reí a su tiempo de ella, y recuerdo que recién llegado a Boston tuve la fortuna de oírsele contar a uno de los periodistas que acompañaron al pacificador. La gente de todos estos Estados Unidos, ingenuos y todo como son, se divirtió entonces de lo lindo y aún los entusiastas encomiadores del «mass production» apreciaron de lleno la comicidad del asunto. A estas horas el mismo protagonista debe reírse allá en sus adentros de la locura que hizo al salirse de su especialidad. Los chistes acerca de su persona y peculiaridades se han vuelto proverbiales y de tan llevados y traídos ya apenas si nos hacen sonreír. A mí me encanta, sin embargo, ver a Don Juan riendo de tan buena gana de estas viejas historias. No parece sino que él hubiera entendido al pie de la letra el adagio francés: «rira bien qui rira le dernier». La risa, de todas suertes, es cosa buena y el mejor desopilante que se conoce para el hígado enfermo. Ríase pues todo lo que quiera y descuídese respecto a mí, que no es fácil que Ford ni nadie me tome de compañero de esta clase de aventuras. Creo que la única barca en que tomaría pasaje es la de Las Ilusiones Perdidas del melancólico suizo Gleyre, o tal vez la Nef des Fous que cantó e ilustró con deliciosos grabados el alsaciano Sebastien Brand. Mis hábitos sedentarios y mi desencanto de las cosas me retienen en mi retiro de donde con filosófica tranquilidad veo pasar la farándula humana y en medio de ella, confundido con los dogmatizadores del odio, al propio Henry Ford.

No poco divertimento en efecto saco yo de verle a él, que ha contribuido más que nadie en el mundo a matar las viejas industrias tan bellas, tan plácidas y tan amables, y a inaugurar esta era en que la cantidad prima sobre la calidad, recorriendo de cabo a rabo el país en busca de antigüedades para su colección. Esta contradicción de su espíritu infantil, esta inconsecuencia que se nota a cada paso en la vida de un pueblo joven y como tal lleno de fuerza y de ingenua confianza en el porvenir, estas ironías deliciosas, aunque algo tristes a veces, de la vida moderna, me hacen reír tanto o más que los cuentos ya bastante añejos de la Nave de la Paz.

Mario Sancho

Boston, 7 de febrero de 1930.

Desobediencia y no cooperación

= De Social. La Habana =

El cuadro es de grandiosa sencillez. Un anciano, pequeño, desgarrado, escuálido, pobre, mal cubierto con miserable y raída túnica, emprende, seguido de varios centenares de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, la marcha hacia el mar.

Llegan a la ciudad de Dandi. Se acercan a la costa. Recogen agua. La dejan evaporar. Han fabricado sal. Han violado las leyes inglesas en la India. Han iniciado su campaña de desobediencia y no cooperación.

Pronto, en poblados y campos se realizan actos semejantes. Se declara el boicot a las mercancías inglesas. No se cumplen sus leyes ni sus disposiciones; no se pagan los impuestos. Las mujeres están dispuestas a ir desnudas antes que usar telas inglesas. Los hombres esperan impávidos las detenciones, y acogen regocijados los atropellos y las condenas. Unos a otros se alientan y consuelan.

¿Qué se proponen estos hombres y mujeres, ancianos y niños? Libertar la India, su patria, de la dominación inglesa.

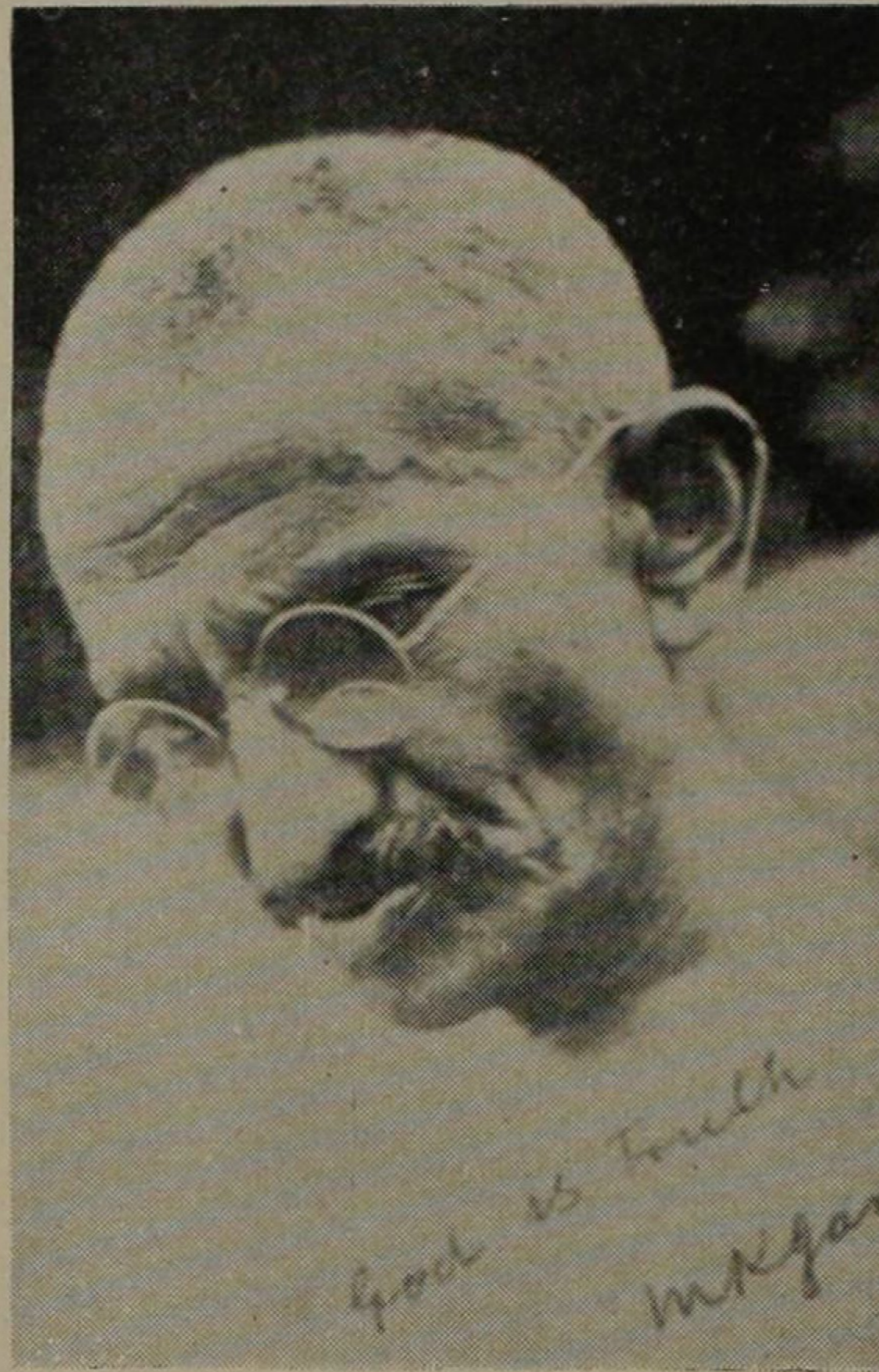
¿Con qué cuentan para hacer frente al ejército y la armada británicos? Con la fe en el triunfo de su causa, porque es justa y porque tienen la firme e inquebrantable resolución de triunfar, caigan los que caigan en la jornada, desaparezcan, en la muerte o en las prisiones, los jefes. Es un pueblo, pueblo de 300 millones de habitantes, que se ha propuesto sacudir el yugo del imperialismo inglés, que desde hace siglos sobre él pesa por la fuerza de las armas y la astucia de los gobernantes, utilizando, también, la heterogeneidad que la India ofrece, dividida y subdividida en múltiples razas, idiomas, religiones, costumbres, etc.

Ese mosaico forma hoy un solo conglomerado con una sola y firme aspiración: la libertad.

La independencia absoluta. Ya hoy no aceptan ni concesiones, ni autonomía. Manos libres en la India es lo que reclaman.

Inglaterra, que al principio acogió flemática y desdeñosamente esa anunciada revolución sin armas, ante la amplitud e intensidad que el movimiento ha alcanzado se encuentra hondamente preocupada.

Y la situación de los gobernantes británicos ante el problema de la lucha emancipadora de la India, es tanto más interesante cuanto que la casualidad ha hecho que al frente de los destinos del gran imperio se encuentre un gobierno socialista, aunque no radical. El Partido Laborista de MacDonald, se juega ahora



Ghandi

*Adipem suum concluserunt
os eorum locutum est superbiam.*

*¿En dónde está tu alma, Britannia?
¿En dónde está tu fuerte alma creadora
de hombres, no menos fuertes, y de naciones
y de pueblos enteros y vigorosos
y de hechos solemnes y eternos?
Madre del Canadá y madre de Australia
y madre fecunda de los Estados Unidos,
a los cuales infundiste tu espíritu.
Los cachorros se sienten orgullosos
de la nutridora fuente
de la cual derivaron su virtud.
Britannia, tus senos ubérrimos
dieron savia para vitalizar poderosamente
a estos pueblos de tu raza y de tu sangre.
Ellos son como tú, ambiciosos y activos;
como tú, tienen parlamentos y tribunas;
sus barcos son como tus barcos-ciudades;
sus fábricas se mueven con la tormentosa
agitación de tus propias fábricas.
Ellos también realizan empresas universales;
escriben libros perdurables, y sus héroes
son creadores de historia como tus hombres.*

*Oh! Britannia, ¿en dónde está tu alma?
Yo creía en tu misión;
yo creía que eras una fiel servidora de la Vida;
yo creía que tenías encargo supremo de lo alto
para presidir el culto de las Actividades.
Sembrar campos de trigo es bueno;
y encender las fraguas y fundir el hierro;
y hacer ferrocarriles y fecundar el desierto;
y construir ciudades nuevas, sacros recintos
del honor y de la justicia y de la libertad.
No hay empresa grande en la tierra
en la cual tú no hayas puesto tu vigor,
tu intrepidez, tu genio o tu obsesión.
No hay altura, por inaccesible que sea
sobre la cual no hayas clavado tu bandera.
Maestra de triunfos; nación de ejemplo:*

el poder, y más que ello su prestigio. Su socialismo y su pacifismo se ponen a prueba ¿Va a predicar la paz en el continente europeo, mientras ametralla a los nacionalistas indúes? ¿Va a seguir llamándose socialista mientras reafirma, por la fuerza, el dominio imperialista de Inglaterra sobre un pueblo que quiere conquistar pacíficamente su independencia para gobernarse por sí mismo y no continuar siendo explotado y atropellado por las autoridades capitalistas y ingleses?

Es una hora histórica, ésta, excepcional, para el Partido Laborista de MacDonald. O asume la falsa defensa del honor y los intereses del Imperio, o es consecuente y leal con sus ideas y sus principios, y se pone al lado de la justicia, abandonando el poder, ¡no importa!, pero cayendo con gloria, con la gloria de haber cumplido su deber y su misión, de haber sabido a la hora de la acción ser consecuente con sus ideas y sus sentimientos. Si así procediera, su gesto podría parangonarse en grandeza con el gesto grandioso de Mahatma Gandhi y sus compatriotas. Lo más lamentable que a MacDonald y su partido pudiera ocurrirles, es no inclinarse hacia ninguna de estas dos extremas actitudes, sino pretender capear el temporal, nadar entre dos aguas. Entonces, sus incertidumbres y vacilaciones les llevarían, ni siquiera a caer, sino a dar un traspiés ridículo, sin provecho, sin gloria, semejante al que han sufrido en estos últimos meses los tres *hombres providenciales* que desgobernaban a España, Haití y la República Dominicana.

¿Triunfarán los nacionalistas de la India? Seguramente que triunfarán. Cuando un pueblo, convencido de la justicia de su causa, con la confianza en sí mismo y la en el triunfo de sus ideales se propone sacudir el yugo que lo tiraniza, alcanza siempre la victoria. Y para lograrla no son necesarios ni el poder ni la fuerza materiales, porque tienen en sí lo que siempre en el mundo ha sido y será invencible: ideas y sentimientos, honda y sinceramente profesados. Son los pueblos apáticos, indiferentes, sin confianza en sí mismos, sin firmeza de ideas, sin fe en el propio esfuerzo, los que nunca, ni aún con el auxilio extraño, podrán ser libres, porque aunque aparezcan haber conquistado su libertad, sólo habrán cambiado de dueño, o su tierra será campo de mercadería, abierto a los contrabandistas de todo el mundo, sin provecho para los nativos, parias en su propia patria, esclavos de cualquier amo.

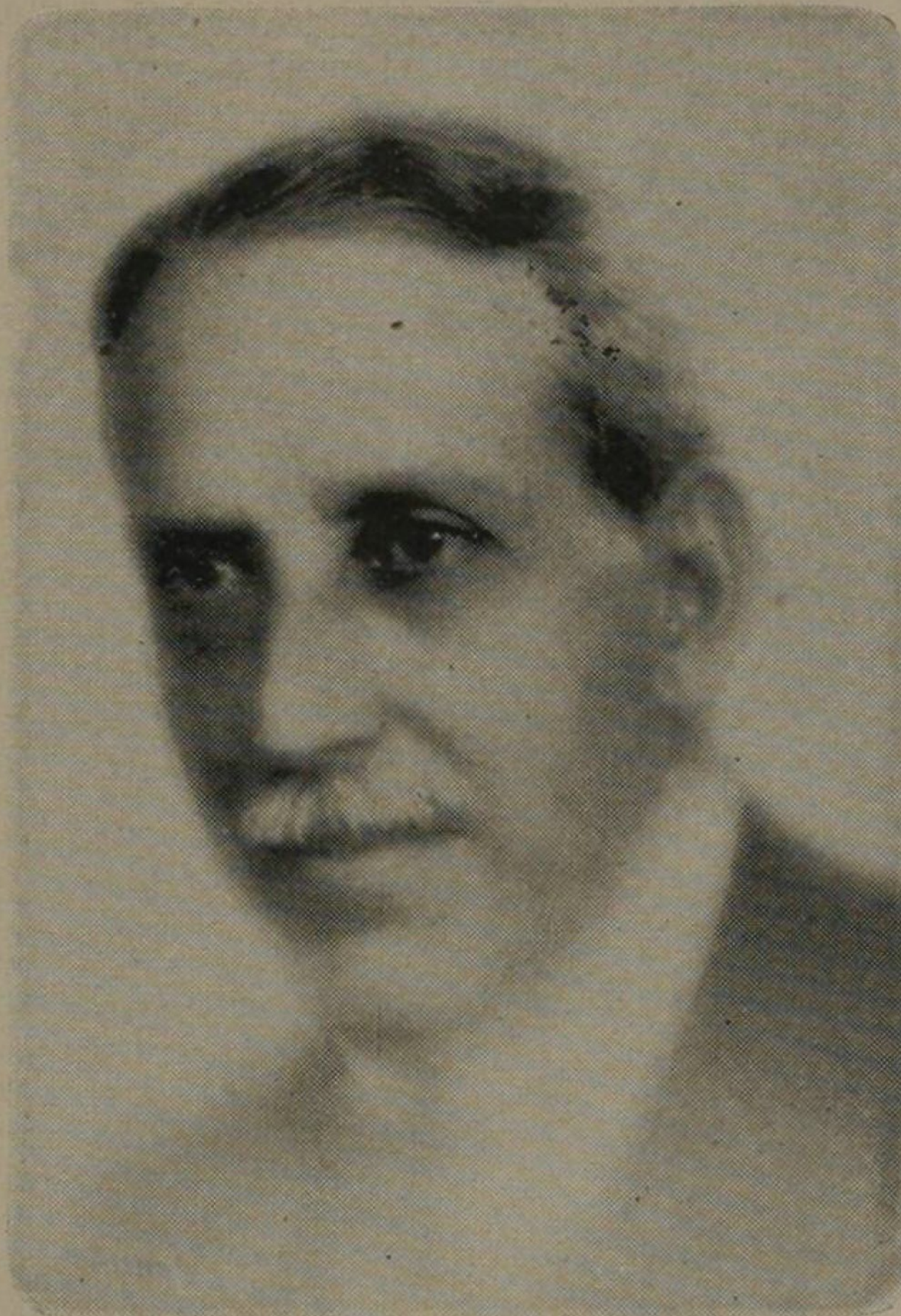
Y el Imperio Británico per-

(Pasa a la pág. 378)

(Pasa a la página 383)

El libro de un estadista

Alejandro Alvarado Quirós: *Ecos de la Vida Parlamentaria. Proyectos, iniciativas y discursos.* San José, Costa Rica. 1930.



Licdo. Alejandro Alvarado Quirós

La presencia en nuestro modesto rincón del nuevo libro del Lic. don Alejandro Alvarado Quirós: *Ecos de la Vida Parlamentaria*, ha producido en nuestro espíritu la misma impresión que pudiera traernos la presencia de un hijo de este ciudadano distinguido y amigo benevolente. Con el mismo placer que al hijo de carne y hueso, le hemos tendido la mano al libro, con el mismo cariño, con la misma solicitud. Y es que por las páginas del libro circula ardorosa la sangre que nutre la vida de un hijo: el autor le ha impreso el sello de su personalidad sobresaliente como hombre de pensamiento que llega a una curul parlamentaria investido con la representación del pueblo elector; y que en la curul ha sabido hacerse cargo noblemente de sus responsabilidades representativas. Al final de la jornada el Diputado no se siente dispensado de lo que para él es un deber de hombre honrado, de ciudadano honrado, y da cuenta al país de su actuación dentro del recinto del Congreso; hace un balance de su labor y la presenta sin ostentación a sus conciudadanos, para que la juzguen. Él no lo dice, pero se comprende que ese es su designio.

Efectivamente, este libro de ciento treintisiete páginas, editado en edición de lujo, contiene el trabajo que como diputado hiciera su autor en los cuatro años que comprende la elección.

Hacen de introducción unas *palabras preliminares*: un discurso del autor del libro en la reunión política de su partido. Este discurso contiene la plataforma, los puntos de vista, en que más tarde ha de colocarse el ciudadano electo. Siguen a continuación, como soldados de línea en el momento de presentar las armas, los discursos, los proyectos y las iniciativas del representante elegido, actuando ya en pleno campo de batalla. En todos ellos aparece el idealista enamorado del terruño; pero es este un idealista que se empeña en llevar a la práctica un principio, una idea redentora y a veces un

ensueño creador. Ni el optimismo exagerado lo hace perder o variar el verdadero concepto de las cosas, ni el pesimismo desdeñoso lo hace detenerse en la ruta trazada y quedar a la vera del camino como aparecen los censores criollos que nada encuentran bueno de cuanto existe o esté por hacerse, ni saben empeñar su saber o sus energías en empresa constructiva alguna, ni como individuos ni como unidades de la colectividad en marcha. No aparece tampoco el escéptico

R. Coto

San José, junio de 1930.

(Envío del autor)

recluido en los repliegues de un pensamiento hostile a cuanto le rodea. Sano, fuerte, jocundo se muestra el temperamento que campea en las páginas del libro. Todos los problemas nacionales, vitales y serios, relacionados de algún modo con las funciones de la Cámara de Diputados, el representante del pueblo los plantea, los aborda y los resuelve con el tacto del hombre preparado para tan delicada función, con tacto y con maestría. La cuestión ferroviaria, el asunto bananero, el grave problema de los empréstitos en el extranjero, la cuestión educacional, la cuestión consular, la canalización del Tortuguero, en todos se advierte el punto de vista superior en que el estadista se coloca al abarcarlos y el sentido previsor con que el hombre de estudio, serio y sensato los resuelve.

No quiere esto decir que nos satisfaga por completo su actuación, pues si bien es verdad que compartimos con su entusiasmo creador que clama por la erección de un monumento nacional—fuera del que ya tiene en el corazón de los buenos costarricenses—para el General Cañas, cierto es también que lamentamos que la ayuda concedida a la institución de Sión no hubiese sido otorgada en cambio en favor de alguna institución popular de las que de veras lo necesitan y que sí son cimiento de la democracia costarricense a la cual este diputado con-

sagra en el Congreso lo mejor de sus luces.

Hecha esta pequeña salvedad, confirmamos nuestra adhesión al representante del pueblo que una vez fenecido el período de su elección se presenta a rendir cuenta lealmente de cuanto pudo y supo hacer mientras la unción se mantuvo viva en el ciudadano. En su libro el señor Alvarado Quirós ha querido dejar constancia de su esfuerzo efectivo. Ese esfuerzo y la forma leal como el ciudadano lo detalla en su libro *Ecos de la Vida Parlamentaria*, ha de satisfacer sin duda a los lectores que alentaron una esperanza al dar el voto al ciudadano.

Yo creo que uno de los más hermosos espectáculos que nos es dado contemplar, es este de un hombre joven, inteligente, sano, fuerte y honrado moviéndose al frente de una gran empresa.

Y ayer a mí me fue dado este espectáculo.

Fue en el Instituto de Alajuela. La gran empresa es un Colegio de Enseñanza Secundaria con sus adolescentes y profesores, a cuya cabeza está Teodoro Picado.

Acudí allí con motivo del homenaje que el Instituto tributaba a don Joaquín García Monge, el maestro que se ha pasado la vida ofreciendo alta lectura al Continente de habla española.

Me había llamado la atención un homenaje por una labor que casi todos miran en Costa Rica con despectiva indiferencia y en una época en que—según me cuenta persona bien informada—un maes-

Teodoro Picado

(Envío de la autora.)

tro de maestros predica entre nosotros a los jóvenes, la poca importancia de ser buen maestro y la mucha que hay en hacer dinero.

Y el homenaje resultó entusiasta y fervoroso, como organizado por personas para quienes estas cosas del mundo espiritual, tienen tanto valor, si no más, que el éxito en un negocio en el cual se ganan millones.

Desde el primer momento se comprende lo que significa la presencia de un hombre como Teodoro Picado entre este grupo de estudiantes. La energía que brota de su juventud, es contagiosa. Yo sentí un hondo deseo de volver a mis quince años, ser alumna del Instituto y trabajar y estudiar mucho bajo el ejemplo de esta hermosa fuerza encauzada por la inteli-

gencia y la meditación. Observé cómo los muchachos, sin saberlo, hablan como él, con sonora firmeza.

Al dar las gracias por el honor que se le tributaba, el Sr. García Monge contó algo que me conmovió profundamente. No repetiré con exactitud sus palabras pero sí su idea:

"Hace unos cuantos años viajaba yo en el tranvía. En el mismo carro iba Teodoro Picado a quien yo conocía bastante y con cuyo padre me ligaba una respetuosa amistad. Entonces Teodoro era un adolescente, y mi hijo no había sido todavía llamado a este mundo. Yo me dije al verlo tan sano y tan hermoso: si algún día yo tuviera un hijo, me gustaría que fuera como ese muchacho. Lo desee con infinita vehemencia y la vida parece haberme escuchado favorable: mi hijo es bueno, inteligente como él, y hasta físicamente lo encuentro parecido. Y al darme cuenta de

ello, mi corazón experimenta una inmensa alegría".

Así habló don Joaquín con voz mojada en lágrimas y trémula por la emoción, al recordar al hijo ausente, ante la noble presencia que tenía frente a sus ojos.

Los adjetivos más brillantes, colocados por una persona de buen juicio, alrededor de un nombre no pueden tener para mí el valor de estas sencillas palabras dichas por un hombre honrado como hay pocos. Y yo pensé cuán justas parecían, y en el cariñoso sentimiento de orgullo que aquel a quien se referían debe haber despertado en su madre, en su esposa, en sus hijos, en su hermano, en sus alumnos, en sus compañeros.

Me contaba Mario Fernández que fue compañero de Teodoro Picado en el Liceo, que sin imposición alguna, con el tácito consentimiento de cada uno, éste era el líder espiritual del grupo. Todos le querían y obedecían, seguramente porque sentían su inteligencia, su bondad y su fuerza. Una mezcla del Garron y del Deroso de Amicis.

Me parece por lo que me han referido, y ojalá que así sea para bien de Costa Rica, que este hombre pertenece a la categoría de los Omar Dengo, de los Sanderson, de los Angelo Patri, de los Ferrierre, de los Decroly, de los Bakoulé; de aquellos que aman el oficio de educador, sin hacer dogma de ningún principio, como un eterno y noble ensayo en el que hay el anhelo de volver habitable este planeta.

Abandona una lucrativa posición como abogado de la United Fruit Co., por venir a un rincón del país a ganar un pobre sueldo si se le compara con los honorarios que dicha compañía le ofrece. Deja su puesto que le asegura confort y la estimación de personajes de influencias y dinero por ir a colocarse al frente de una empresa de orden espiritual que no le asegura comodidad alguna ni gloria y que sólo le traerá dolores, dudas y una que otra alegría honda e inefable.

Cuando pienso en este director y en este Colegio de Alajuela, me parece que la amargura que me dejara la pérdida de Omar Dengo, se torna menos amarga. Hay en Teodoro Picado, como en Omar Dengo, un igual desinterés en el trabajo, una actitud de respeto semejante ante la tarea educacional, una misma vehemente sinceridad en la voz. Al escuchar su frase, uno siente que la dice a golpes de convicción. Casi sin metáforas, casi sin figuras literarias, casi desnuda, como un hermoso cuerpo humano que corre apasionadamente bajo el sol o bajo la lluvia.

Yo estoy contenta al saber que un grupo de estudiantes costarricenses, vive en derredor de este hombre, no al igual de un rebaño en torno de su pastor, sino como un grupo de criaturas humanas con derecho a creer o a dudar, que trabajan, luchan, ganan o pierden teniendo siempre ante la conciencia el ejemplo ileno de fortaleza física y moral de su maestro y amigo.

Carmen Lyra

Junio de 1930.

Ghandi...

(Viene de la página 376.)

la lección que tú das es de voluntad.
Tú has hecho también muchas cosas excelentes:
tú has afirmado los derechos de la conciencia
en el corazón del Hombre.

¿Por qué eres infiel a tus destinos?
¿Por qué en vez de ennoblecer a la India,
la retienes como una presa y la humillas?
Oh! Britannia, suelta a tu víctima sangrante
y lava tus manos en las lágrimas
de tus heroicas madres y de tus vírgenes
y hazlas dignas de arrancar una estrella a los cielos
y de levantarla en alto.
Deja a la India libre: la conciencia universal
te exige este gesto. Deja a la India libre.
No quieras seguir manchando la tierra sagrada
con la sangre de los hombres.
No provoques la inconformidad ni la desesperación.
¿Por qué te complaces en el dolor de los humildes?
¿Por qué prefieres a los gritos de la vida
los sordos y repugnantes gritos de la muerte?
¿Por qué te agrada más que el canto de tus harpas,
o los graves acentos de tus órganos
o el armonioso aleteo de tus alas
o la melodía de tus versos eternos y suaves,
los gritos de los niños heridos o huérfanos,
la maldición de las madres o su insulto?
¿Por qué en vez de poblar de salmos al mundo
lo cargas de lamentaciones?

Tu odio es abominable. Britannia:
Dios, justiciero, está asombrado de tus iras.
Tú imitas el delirio de los grandes
que un día rodaron al abismo.
Hoy no son sino sombras olvidadas:
Babilonia y Egipto y Roma.
También ellas usaron de la hoz
no para cortar los haces de trigo
sino para cortar gargantas de pueblos.
También ellas humillaron al hombre.
También ellas creyeron en el crimen.
También ellas se hicieron grandes
a costa de los débiles y de los pequeños.
Ellas traicionaron a Dios:
sus divinidades se convirtieron en piedras;
su alma se corrompió en el lecho de las pasiones;
sus glorias se marchitaron para siempre.
Lo que fueron es hoy simplemente escoria.
Esta es la expiación, Britannia, de los orgullosos.

No provoques a la Divinidad, oh Nación fuerte:
sé humana, sé compasiva, sé generosa.
No desprecies al hombre; el desprecio es un delito.
No escupas sobre el mendigo:
Dios puede ser ese mendigo y confundir tu delirio.
Dios pasa mil veces a tu lado y tú, enloquecida,
lo ignoras. El entorpece tu pensamiento.
Dios te habla por mil voces insinuantes
y tú no lo escuchas: El te ensordece.
El Luminoso quiere habitar en tu seno,
quiere poseer tu pensamiento,
quiere llenar tu corazón con su esplendor,
y tú le huyes. Tú, indiferente, en su presencia
sigues abriendo arterias y rompiendo corazones
y formando un torrente de sangre.
Enfrente del que da la Vida,
tú, ciega, quebrantas su ley.

Tú contradices al Divino:
Donde El pone una oración
tú quieres despertar una injuria;
donde El provoca un anhelo
tú quieres incitar un odio;
donde El pone un pensamiento
tú quieres desencadenar una locura;
donde El alumbró una lámpara
para adornar la paz de la familia,
tú soplas una angustia;
donde El quiso que germinara una simiente
tú lanzas una granada
para abrir un cráter;
donde El hizo nacer una flor
tú derramas tus vasos de sangre;
si El dio al hombre la tierra
tú dices: esto me pertenece;
donde El enseñó una palabra divina
para hablar con sus hijos,
tú gritas: sólo mi idioma es legal;
donde El ofreció el mar
a las ansiedades y esperanzas del hombre,
tú reclamas: el mar es mío;
donde Dios puso una caricia
tú pusiste una cadena.
Oh, Britannia, tú eres poderosa
y Dios es pobre.
¿No pondrá Dios un límite a tu insensata embriaguez?

Britannia, enfrente de ti, está Ghandi, el profeta.
El profeta es el testigo de Dios.
¿No aguardabas, impaciente, un Mesías?
Pues bien: he allí tu Juez.
No surge de la sombra de improviso como el Lobo.

De un siglo de infamias; de un siglo de injusticias;
de un mundo de errores indecibles y execrables;
de una eternidad de martirios y de dolores,
de una sucesión interminable de infracciones,
se levanta el Puro, como el Sol.
El Sol es como el producto de la sombra.
De tanta sombra, de tanta iniquidad,
de tanto olvido del bien, nace el Bueno.
No viene el Profeta a vengarse; viene como viene la luz:
a transformar. Britannia, olvídate de ti misma,
rasga tus pompas seculares, destruye tus orgullos;
funde el oro y el hierro de tus coronas imperiales,
y cambia tu espíritu.
Ghandi es Sobrehumano.
El ha hecho devorar por el Hambre su carne.
El ha inmolado implacablemente sus deseos;
El ha renunciado a todos los intereses del hombre:
el odio ya no germina en su espíritu,
ya la ambición no turba impaciente su alma.
Lo que El quiere, no lo quiere su egoísmo.
No, El ha alcanzado la suprema riqueza de la Vida:
Es Conciencia. Dios también es Conciencia.
Tú eres impotente, Britannia, delante de la Conciencia:
se exprese ella en el Hombre o se exprese ella en Dios.
¿De qué sirven tus fortalezas y tus cañones monstruosos?
¿De qué sirven tus arcos y tus puñales?
¿De qué sirven tus balas explosivas y tus obuses?
¿De qué sirven tus tanques, tus bombas y tus barcos?
¿De qué sirven tus clarines y tus tambores?
¿De qué sirven tus alambradas y tus trincheras?
De nada sirven Britannia, frente al Espíritu.
El Espíritu es la fuente eterna de la vida
y tú no posees sino los instrumentos frágiles de la muerte.
Oh! Si quieres triunfar del Espíritu
cambia tu táctica.
Lo Eterno no se conquista con el crimen.
Dios es invulnerable a las venganzas y las iras del hombre.

La lucha es desigual, Britannia! Ghandi es la Luz.
Tú te levantarás delante de ella como una sombra.
La Luz no va a devorarte.
Va a envolverte en su halo y te va a iluminar.
Tú vas a lanzar sobre ella tus bombas de dinamita
y la Luz te va a contestar con una explosión de estrellas.
Tú vas a llenar el espacio con un millón de aeroplanos
y Ella te va a responder con un Universo de alas.
Tú vas a gritar sordamente contra ella: Muerte y Odio!

y Ella va a entonar los cantos salmódicos de la mañana.
La lucha es desigual, Britannia.
Mientras tú sueñas con un sepulcro, Ghandi sueña con una cuna.
Tú eres fin. El Profeta es renovación.
Mientras los cascos de tus caballos
aplantan la frente immaculada de los niños,
Ghandi vivifica los vientres de la Vida.
El es fiel a Dios. El Santo es Eterno
y la Vida se alimenta en los senos de la Eternidad!

Tu enemigo es el Dolor. No es la fuerza
ni la violencia, ni el ardid, ni la demencia.
La lucha es franca y honrada, Britannia.
El Dolor también es combativo;
También es poder y determinación.
Sufrir es anhelar. La heroicidad del martirio es divina.
Ghandi es sufrimiento.
El humilde paria lanzara esta piedra de escándalo
hasta tu frente. La Cólera ha lanzado este rayo
contra las altas torres de tu poder.
Britannia, la lucha no es de hombres, sino de almas.
En dondequiera que haya un ser humano,
envilecido o esclavizado o deprimido,
se escuchará una voz de rebelión.
En dondequiera que el hombre se ahogue
en las profundas tinieblas de la noche,
surgirá una estrella de tempestad.
Britannia, cede a las exigencias de la vida;
Oh! Nación grande, no seas indiferente
a estos celestiales anuncios de renovación.

Guarda tu gladio fatal, Britannia,
y ofrece al Supremo tu Virtud.
La sangre que derrames
se transformará en un jardín de hogueras
y las vidas que sacrifiques, en tu torpeza,
florecerán en los campos como lirios
para perfumar tus enojos.

Dios es invencible, Britannia,
y tú estás luchando con Dios.
Tu alma no puede decir como el alma de Julieta:
No es la aurora todavía,
Britannia, sí es la aurora ya.

Rómulo Tovar

San José, junio del 30.

(Envío del autor.)

Dos libros que estamos leyendo con gusto:
Alejandro Alvarado Quirós: *Ecos de la Vida Parlamentaria*. Proyectos, iniciativas, discursos. San José, Costa Rica. 1930.

Costa Rica en el Siglo XIX, descrita por John Hale, John Lloyd Stephens, Robert Galsgow Dunlop, Wilhelm Marr, Ephraim George Squier, Frco. Somano Astaburuaga, Thomas Francis Meagher, Anthony Trollope y Félix Belly. Traducciones, datos biográficos y notas por Ricardo Fernández Guardia. San José, Costa Rica. 1929.

Nos llegan:

Alberto Durán Rocha: *Toda tú* (Prosas cortas). 1930. San José de Costa Rica.

Carlos Jinesta: *Elogio. Claudio González Rucavado*. 1930. Imp. y Librería Alsina.

De *Espasa-Calpe*, Madrid, hemos recibido:

Plotino: *Las Enneadas*. Precedidas de la *Vida de Plotino* por su discípulo Porfirio. Versión castellana de J. M. Q.

En cuatro tomos de la *Nueva Biblioteca Filosófica*, Madrid. 1930.

Cuatro libros bolivarianos que nos remite nuestro amigo R. Blanco-Fombona, todos de la Editorial *América*, Madrid:

Bibliografía titular

Los libros de la semana

(Se registran los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

L. Perú de Lacroix: *Diario de Bucaramanga* o Vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar. Edición del Centenario de Ayacucho.

Cartas de Bolívar (1823-1824-1825). Con un Apéndice que contiene cartas de 1801 a 1822. Notas de R. Blanco-Fombona.

Cartas de Bolívar. (1825-1826-1827) Notas de R. Blanco Fombona.

Carlos Pereyra: *Bolívar y Washington*. Un paralelo imposible.

Tres libros nuevos de la Editorial *España*. Madrid:

Hans von Henting: *Robespierre*. Estudio psico-patológico del impulso de dominio. Trad. del alemán por García Díaz.

Jean Martet: *Confesiones de Clemenceau*. Traducidas del francés por Manuel Azaña. De la serie: *Los grandes dramas de la vida*.

De la misma serie:

Franz Behounek: *Perdidos en los hielos po-*

lares. La verdad sobre la trágica expedición Nobile. Trad. José Geiger.

La Editorial *Cenit*, de Madrid, acaba de publicar:

En la serie *Prosistas extranjeros contemporáneos*:

Charlie Chaplin: *Mis andanzas por Europa*. Trad. directa del inglés por A. Rodríguez de León y R. Rodríguez Fernández-Andés. Biografía por Carlos Fernández Cuenca.

Upton Sinclair: *Un patriota 100 por 100*. Novela. Trad. del inglés por Manuel Pumarega. Silienpaa: *Santa Miseria*.

En la *Colección Panorama*:

N. Bujarín: *La economía mundial y el imperialismo*. Versión española de Luis F. Bustamante.

En la serie *La novela de guerra*:

Ramón J. Sender: *Imán* (Novela).

De la misma Editorial *Cenit*:

Panait Istrati: *Rusia al desnudo*. Trad. del francés por Francisco Altamira.

(Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas entregas).

La opinión Iberoamericana

El Tratado Naval de Londres **Sus consecuencias para América Latina**

(Envío del autor)

La Conferencia Naval de Londres ha enterrado el predominio naval británico. El Imperio británico aparece gobernado por socialistas. Por primera vez en la historia Yanquilandia logra obtener la paridad con Albión: prácticamente la superioridad sobre Albión. Tales son los hechos brutales. Los diplomáticos latino americanos habrán también tomado nota de que el tratado ha sido firmado por orden alfabético de naciones: primero EE. UU. porque ese país se llama *América*.

El nuevo Imperio naval necesitará naturalmente, siguiendo el modelo británico, nuevas bases navales, canales y estaciones carboneras, y naturalmente la América Latina seguirá pagando el pato de la boda. Ya no les bastará Guantánamo (Cuba), Panamá, Pearl Harbor (Hawai) erizados de cañones; Filipinas ni el nuevo canal de Nicaragua. Necesitarán el control del Canal del Atrato, del Estrecho de Magallanes, de islas como Galápagos y Juan Fernández, de puertos como Arica, Chimbote y Tocopilla. Hay antecedentes de que ya les han echado el ojo a todas esas posesiones y ahora hay razones poderosas. Sólo un frente unido podrá evitar los nuevos zarpazos. ¿Qué escrúpulos al nuevo Imperio si el viejo león inglés, por razones de orden económico, les reconoce superioridad?

Para alcanzar la paridad naval los EE. UU. deberán invertir la bagatela de mil millones de dólares. Yanquilandia tendrá 140 grandes piezas de artillería y 18 grandes cruceros. Inglaterra sólo 118 grandes piezas y sólo 15 grandes cruceros. Mientras los ingleses destruirán 5 acorazados los yanquis sólo tres. Los EE. UU. deberán construir antes de 1935 quince grandes cruceros, con un total de 152.400 toneladas métricas y además torpederos y submarinos. Si Francia aumenta su programa actual, Gran Bretaña conserva el derecho, según el tratado, a aumentar también su flota, y Yanquilandia pone la propia al nivel de la británica: eso se asemeja mucho a una alianza. La aviación de guerra y los gases asfixiantes no entran en el Tratado. Con razón las flotas yanquis del Atlántico y del Pacífico, unidas, salieron jubilosas a recibir en Nueva York, y a saludar, a sus delegados

Pero la paridad naval yanqui británica es un fracaso para la paz en el sentido de que se asemeja mucho al tipo de las

viejas alianzas y de que deja sembrados el temor y las suspicacias. Los dos imperios anglo-sajones se han negado a dar a Francia la seguridad de que cumplirán el art. 16 del Covenant de la liga de las Naciones: ayuda contra un país agresor. Para nadie es un secreto que quedando Francia fuera del pacto de las tres primeras potencias navales, busca la formación de un block continental europeo con Polonia, Checoslovaquia (actuales aliados), más Hungría y Bulgaria y posiblemente Alemania y Rusia. De ese modo la paz y tranquilidad europeas quedan aseguradas. El Pacto Kellogg y la Sociedad de las Naciones aparecen como garantías vagas. El pan americanismo y la paz universal aparecen como buenos sermones dominicales, para los imperios anglo-sajones.

En el Asia el Japón conserva su hegemonía naval pero es bien sabido que si los 800 millones de chinos logran organizarse y explotar sus inmensas riquezas, el imperio japonés de hoy no logrará ni igualar en importancia al imperio Chino. Los japoneses lo

saben, y debido a eso tratan a los chinos con excesiva prudencia. Si un día la China y la India marchan de acuerdo, el Japón (sin Corea) podría convertirse en una provincia china. La cultura occidental ha engrandecido a los nipones pero engrandecerá igualmente a los chinos. La China es rica en materias primas y el Japón no.

La hegemonía naval yanqui toma desde ahora carácter mundial pero no encuentra terreno fácil sino entre las Repúblicas ibero americanas: desunidas, aisladas, excesivamente mestizadas, sin patriotismo colectivo, sin ideas políticas definidas, sin verdaderos hombres de estado, sin comerciantes, sin industriales, sin juventud ardorosa ni de ideas políticas nítidas. ¿Si tuviéramos al frente del conjunto a hombres de la talla de Bolívar o San Martín u O'Higgins? Como medida preliminar el Gobierno yanqui acaba de prestar 45 millones de dólares a Grace y a la United Fruit para que construyan 10 grandes vapores para el comercio con los *latin americans*.

Estados Unidos o América

Durante la conferencia naval de Londres ha llamado mucho la atención el hecho de que los delegados de E. U. ocuparan el primer lugar. Como habitualmente se sigue el orden alfabético, esa nación ocupaba generalmente un lugar mucho más bajo en la lista protocolar: en la letra E, si la lista estaba escrita en francés (Etats Unis), o en la letra U si estaba en inglés (United States). Pero es la cosa que en el Palacio de Saint-James no se dice United States sino América.

He aquí, sin duda, una elegante manera de rendir pleitesía a la gran república de ultramar. Pero esta solución no resulta siempre grata a las demás naciones que baña el Atlántico. En 1907, en la Conferencia de La Haya, el delegado de Washington, Mr. Choates, declaró al iniciar su discurso que hablaba como representante of the American Republic. «Which American Republic?», exclamó sorprendido el delegado del Brasil. «The United States, of course», replicó Mr. Choates. «Ah, dijo entonces el brasileño, el honorable delegado quiere referirse a the North American Republic, porque hay además otras repúblicas en América y yo represento aquí a una de ellas...»

(Revista de la Habana)

En Cuba se acostumbra denotar el gentilicio de los Estados Unidos con los términos anglo-americano y norte-americano, en vez del simple americano. Ello es muy racional, ya porque este último comprende a los nacionales de todos los pueblos de nuestro hemisferio, ya porque la confesión es ocasionada a variar literalmente el significado de expresiones tan importantes como la fórmula de la doctrina de Monroe, que a la letra significaría América para los yanquis, si americano significara esto último. Empero, hay que reconocer que angloamericano puede aplicarse a todos los de las posesiones inglesas del Norte, y norteamericano a todas las naciones que están en el hemisferio setentrional de América. Por lo cual se aboga por el empleo de estadounidense para satisfacer esta necesidad.—Marco Fidel Suárez

B. Sanin Cano suele llamar a los yanquis, *saxoamericanos*. Nos parece muy recomendable este gentilicio. (N. del E. del Rep. Am.)

Así como la Francia no se sentirá tranquila en Europa mientras no logre formar un block continental en el cual Alemania y posiblemente Italia podrían participar, nosotros podríamos constituir un block inatacable. Estamos en nuestro derecho como Repúblicas soberanas. Más que un derecho es una obligación ante el mundo civilizado. Puesto que poseemos la mayor reserva de petróleo en el mundo y en el siglo xx quien posee petróleo posee hegemonía. Venezuela y México son ya el segundo y el cuarto productor de petróleo en el mundo y Colombia y Perú y Ecuador y Bolivia serán grandes productores en el futuro. El Brasil, Chile, y Colombia poseen grandes reservas de carbón y fierro. Cuba es ya el primer productor de azúcar de caña del mundo. México es el primer productor de plata y mantiene el monopolio del hilo sisal en el mundo. Colombia mantiene la primera producción de platino y produce el mejor café del mundo. Brasil es el primer productor de café del mundo. Ecuador y Brasil son grandes productores de cacao. Bolivia es el segundo productor de estaño. Argentina, Uruguay y el Perú son grandes productores de lanas, carnes y cereales. Chile es el único productor de salitre natural y de yodo, y el segundo productor de cobre en el mundo. Los pesimistas dirán que todas nuestras riquezas están ya en poder (o siguen cayendo) en poder de los yanquis: por eso mismo hay que arbitrar medios de defenderlas. Es verdad también que la crisis mundial de materias primas nos afecta a todos.

Por eso mismo deberíamos unirnos para defender el conjunto: el más grande imperio del porvenir con una sola lengua, una sola religión, una sola historia, de la rapacidad del más grande imperio del presente, nuestro vecino.

Si cada una de nuestras repúblicas pretende valerse por sí sola de aquí en cien años nuestros descendientes se verán obligados a fabricar sal de contrabando como los indios de Gandhi, porque los yanquis no nos habrán dejado el control ni del agua para lavarnos. Verdaderos hombres de estado de talento se ocuparían de acarrear inmigrantes europeos seleccionados que nos creen nuevas riquezas. Cada uno de nuestros países está atenido a la explotación de una sola actividad: bajan de precio el el azúcar y el café y en Cu-

ba y el Brasil y Colombia sobreviene la crisis y así en los demás países. Necesitamos crear industrias nuevas. Vuestro corresponsal acaba de recorrer durante seis meses la Alemania, el Austria y la Europa Central, países donde hay millones de hombres sanos e industriosos

que no sueñan sino en emigrar, muchos de ellos con algún capital. Al imperio naval yanqui hay que oponerle su antídoto: colonizar, crear nuevas riquezas, renovar nuestras reservas

étnicas. En próximos artículos narraré los resultados de mis recientes estudios y mi encuesta personal (especialmente en Alemania) mirando por colonos seleccionados para nuestros

deshabitados y desamparados países. Lo que ha dado riqueza a los del Norte tiene que dar también la riqueza y la grandeza a los del Sur. Nos basta mirar a California: todo lo debe a la colonización, el descubridor del oro fué el suizo Sutter.

Víctor de Valdivia

París, Abril de 1930.

Si hacemos un recuento bibliográfico de los estudios dedicados a la independencia de la América Española, encontraremos seguramente que la parte interpretativa es menos voluminosa que la sentimental. Los escritores se han entregado con pasión a discutir sobre sus preferencias nacionales o personales. Es ya célebre la polémica en que fueron discutidos los méritos de Bolívar y San Martín. La historia ganó, pero acentuando su sentido marcial. Aun los indiferentes a la preocupación de establecer jerarquías entre héroes, buscan sólo una emoción bélica en la evocación de la contienda que terminó con la batalla de Ayacucho.

Cerrado el ciclo de las conmemoraciones seculares que han venido celebrándose desde 1908, es de suponer que podrá inaugurarse un período más propicio al análisis. Los centenarios que tenemos en perspectiva no serán ya de epopeya sino de conflictos en los que veremos destacarse los problemas de organización. Hablaremos del humilde pasado que se ocultaba tras la polvareda de los campos de batalla.

Anticipemos esa serenidad recogiéndonos para una meditación. Estamos, es verdad, sometidos a la fascinación de los grandes triunfadores. No logramos desprendernos totalmente de las masas arrasadas por una devoción llena de ternura. La elocuencia de los panegíricos nos domina. Pero hay fulgores de imparcialidad en la emoción.

Abrimos las Cartas de Sucre en las voluminosas Memorias de O'Leary—el Boswell de Bolívar, si no es que ese papel deba asignarse al autor del peregrino Diario de Bucaramanga,—y leemos las palabras de la despedida que el Gran Mariscal de Ayacucho dirigió a su admirado jefe. Es un documento breve y de sencillez familiar. Está escrito con la pluma soldadesca de que habla Montaigne. Si acaso hubo algún borrador y en él huellas del trabajo para la corrección del estilo, esto delataría al artista enemigo de la retórica, pues precisamente por la ausencia de toda afectación, la carta de Sucre alcanza un valor decisivo de nota personal. Lo que no dicen las palabras corre entre líneas, como si manara de una fuente de sentimiento contenido. Se ve al hombre. Oímos las palpitaciones de su corazón atribulado.

No vacilo en dar íntegramente la cita.

"Mi General:

"Cuando he ido a la casa de usted para acompañarlo, ya se había marchado. Acaso es esto un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo, comprimido mi corazón, no sé qué decir a usted.

"Mas no son palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi

Fulgores de tragedia

=De El Universal. México, D. F.=

alma respecto a usted: usted los conoce, pues me conoce desde hace mucho tiempo, y sabe que no es su poder sino su amistad lo que me ha inspirado el tierno afecto a su persona. Lo conservaré, cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me linsojeo de que usted me dispensará siempre el afecto que me ha dispensado. Sabré en todas circunstancias merecerlo.

"Adiós, mi general. Reciba usted por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de usted. Sea usted feliz en todas partes, y en todas partes cuente con los servicios y con la gratitud de su más apasionado amigo".

Cuando Sucre firmó esta carta, que no lleva fecha, pero que se presume escrita el 8 de mayo de 1830, Bolívar se encaminaba hacia la costa. Allí le aguardaban la tumba o el barco de la proscripción. En Turbaco leyó la despedida de su teniente, y comparó los destinos. Sucre, todo ilusión y esperanza, había salido de

Bogotá, llevando el propósito de abandonar las amarguras de la política y de restituirse a la familia que acababa de formar en Quito.

Pero no fue Sucre quien recibió la tristemente esperada noticia de la desaparición de Bolívar, sino Bolívar quien supo antes de morir cómo se le había adelantado en el camino de la muerte aquel viajero que parecía llevar consigo todas las promesas de la dicha.

Bolívar se había detenido en las inmediaciones de Cartagena. Ocupaba uno de los bohíos del Pie de la Popa. Le anunciaban el arribo de una fragata inglesa que debía llevarle los recursos pedidos a Caracas para la expatriación. En la noche del primero de julio, dos calesas llegaban a la puerta del bohío. El general Montilla, acompañado por un grupo de amigos del proscrito, cumplía el encargo doloroso de informarle que Sucre había sido misteriosamente asesinado en la montaña de Berruecos.

Sabemos por las Memorias de Posada Gutiérrez que Bolívar oyó el relato de Montilla, se dio una palmada en la frente, guardó silencio y despidió a sus visitan-

Dos poemas de Francisco Amighetti

(Envío del autor.)

Tranvía de mi barrio

Este tranvía de mi barrio
a quien quisiera bañar con la ternura de un poema
recorre su kilómetro todo el día
con su andar chirriador de paralítico
tranvía borracho
que toma en las taquillas—
que se detiene ante los entierros
para no matar 2 veces al muerto—
que mezcla su música
con las campanas de la iglesia.

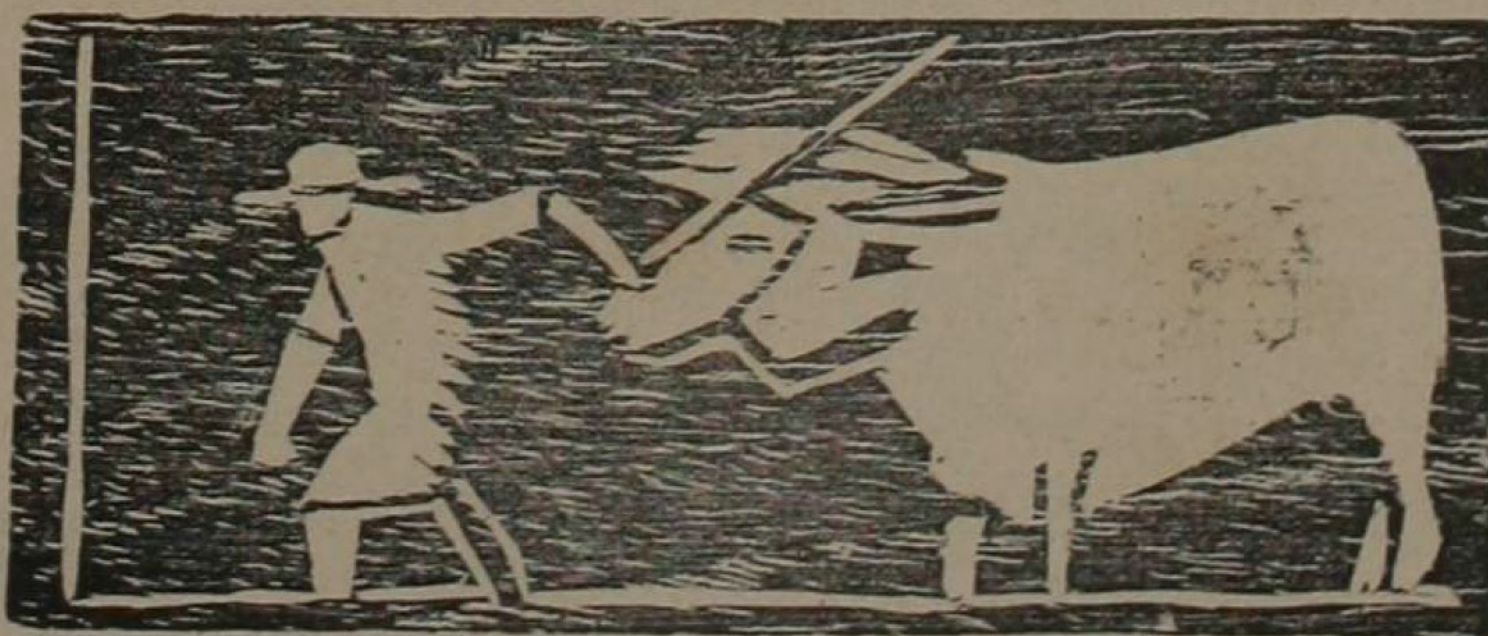
Cuando vuelvo a mi barrio
me subo en él—es un modo de acariciarlo
tranvía que cruzaste por mi frente
cuando pensé las primeras cosas sutiles
mirándote resbalar por mi calle
quebrar mi silencio
con tu musiquita de órgano
tranvía que ibas olfateando gente
como un fiel perro dorado
—tranvía barato—

San José, C. R. 1930.

Campesinos anocheciendo en el corredor de la casa

Campesinos anocheciendo en el corredor de la casa
madre—padre—hijo
mujer—hombre—hijos
miran hacia el camino por donde el camión pasa
con dos largas miradas dicen adiós a todo
y el hombre acaricia su guitarra, que cuida
como un burgués su piano, de modo
que la tarde gime un poco en la viva madera
de la guitarra
junto con el grillo la piapia y la cigarra
detrás—los sembrados geométricos de dulces colores
plano objetivo de la proyección de su trabajo
esperanza proyectada que se tuerce hasta el bajo
donde el río muge como un buey de plata.

Francisco Amighetti



tes. Nadie conoce las meditaciones que le ocuparon, pero la gente de servicio refería que el general no hizo durante casi toda la noche sino pasear por el patio, y que a la madrugada, después de un brevísimo descanso, reanudó aquel desahogo de su pesar.

Mientras los facciosos de una parte de la República mataban a Sucre en la selva de Berruecos, los separatistas de Venezuela dictaban una ley de proscripción contra Bolívar. Estas dos infamias indignaron a los amigos del nuevo Lear. No podían permitirle que se expatriase. Habían aprobado su determinación cuando la tomó libremente, cuando podía llevar al extranjero un decreto que le honraba como benefactor de su patria y que le concedía una pensión decorosa; pero era la mayor de las vergüenzas que se le dejase salir de Colombia como un criminal fugitivo y sin otros medios de vida que los de la caridad.

Entonces fue cuando Bolívar decidió quedarse. Por honor de Colombia, y aun por el de la misma tierra venezolana, no abandonaría el continente.

"Además—dijo—me siento morir. Mi plazo se cumple. Dios me llama. Tengo que prepararme a darle cuenta, y una cuenta terrible, como ha sido terrible la agitación de mi vida. Quiero exhalar el último suspiro en los brazos de mis antiguos compañeros, rodeado de los sacerdotes cristianos de mi país, y con el crucifijo en las manos".

Todavía repitió:

"No me iré".

Estas últimas palabras eran las del capitán que quiere hundirse con su barco.

La muerte de Sucre daba, en efecto, la señal del naufragio irremisible. Se le mataba como continuador de la obra de Bolívar. No pudo rendírsele homenaje más demostrativo, pero a la vez no cabía prueba más palmaria de que la República se iba desintegrando fatalmente. Cuando empezó a discutirse la cuestión de las responsabilidades por la maquinación tenebrosa, quedó patente que no uno sino todos los caciques ganaban con la desaparición de Sucre. Páez, Santander, Obando y Flores aseguraban el disfrute de las afirmaciones localistas.

Sucre no era el único heredero del secreto de la reorganización, pues todos los países de la Gran Colombia se habían mostrado ricos en cerebros privilegiados. Pero sólo Sucre tenía la fuerza del imperio, con lo que no debe entenderse la capacidad para el ejercicio de un mando caudillesco, sino esa otra forma de la autoridad, tanto más activa cuanto menos la exteriorizan los rigores del sable.

En horas de sinceridad, ante una conciencia exigente, Bolívar pudo darse cuenta de que la revolución era un crimen si no se consumaba con una obra de restauración de las instituciones destruidas. Este aspecto de la acción de Bolívar empezó cuando el gobernante estaba ya más para la expatriación o el cementerio que para el ejercicio del poder público. Aun así, lo que hizo fue una tentativa demasiado interesante, por más que haya merecido poca atención, desde que viene de la propensión de los pueblos a no ver en las revoluciones sino la parte de audacia negativa y del estudiado silencio de los admiradores temerosos de la revelación

de un Bolívar francamente antijacobino.

Tal vez Bolívar y Sucre no tuvieron las mismas ideas. Bolívar pensaba que el primer día de la Federación sería el último de Colombia; Sucre encontraba peligrosa una centralización excesiva. Pero seguramente uno y otro coincidían en el terror de las exaltaciones cacicales, sin decoro y sin objeto. Los dos estaban prontos para cerrar la brecha anárquica. Esta actitud es tanto más digna de consideración cuanto que, como queda dicho, no los unía la cadena de la imitación del superior por el inferior. Los dos hombres eran cimas independientes, ligadas entre sí porque formaban parte de la misma

cordillera. Los dos heredaron una tradición. Los dos representaban en su valor más puro las virtudes magníficas de una casta selecta.

Con esto no quiero decir que juntos o separados hubieran podido lograr la perduración de aquella Gran Colombia, que el propio Bolívar condenó como una quimera. Pero ambos traducían la tendencia coordinadora del esfuerzo para la restauración del orden interno en cada una de las nuevas patrias. Eran ilógicos. Por eso la revolución, siguiendo su inevitable trayectoria, entregó el cadáver sangriento del uno para que fuese la visión lúgubre del otro en su lecho de muerte.

Carlos Pereyra

Dos apólogos

= De *La Vida Literaria*. Buenos Aires. =

El ermitaño

Era Joaquín un mancebo de cuerpo de gloria a quien una joven que temblaba por él como una llama, lo maldijo al ver su incorruptible desdén: Alguna vez, para venganza mía y del amor se verá castigada tu dureza.

Joaquín fue eremita en la montaña. Ardiente vigía de sí mismo, guerreó contra todos los demonios, y sobre todo, para qué decirlo, contra el testarudo, el que se ceba más enconadamente en nuestro cuerpo.

Llegó a nutrirse no más que de frutas inocentes y de raíces amargas, y eso ya ahito de ayunos. Una espinosa vara de rosál fue cordel de sus riñones. En su asco, lo sensual hubo de turbarse con la desnudez del alba y ruborizarse del olor de ciertas flores. Y así la gracia descendió sobre su mollera. Como la lira órfica su santidad empezó a atraer a las bestias silvestres, las más feroces y las más ariscas. En sus barbas vinieron a florecer las lianas, en sus manos a dejar sus huevos los pájaros del cielo.

Así fue. Hasta que un día amaneció

maldito y todas huyeron dejándole en soledad de escarnio.

Una gacela de ojos de virgen fue el instrumento del sobornador.

Otra vez ante los jueces

Cuando Oscar Wilde se presentó a dar cuenta de los actos de su vida estuvo a punto de salvarse.

Sus parábolas antievagélicas, contra lo que pudiera esperarse, hallaron gracia a los ojos del Señor. Más que con indulgencia las miró con simpatía. Respiraban un tan puro espíritu antifariseo! Dante, asesor consultado siempre que de poetas se tratara, le fue también propicio.

El neoparabolista comprendió que estaba en verdad ante gente menos espesa que los jueces de Inglaterra.

Sin embargo fue condenado.

El pecado que en la balanza pesó más que los otros juntos, pareció a Dante poco "gentile" e hizo vacilar la heroica clemencia del Puro.

Pero no fue ésa, no, la perdición del reo. Era que el triste no había sentido nunca, de veras, ni en carne ni en espíritu, la tentación de la mujer.

Luis Franco

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.

FABRICA:
REFRESCOS
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPES
GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

derá al final esta partida, porque es injusta, porque ya la era de la opresión y la explotación de un pueblo por unos cuantos hombres que se consideran poderosos porque en sus manos tienen oro y armamentos, está llamado a desaparecer. Ayer fué Rusia. Hoy es la India. China se agita desde hace años en busca de nueva y propia vida.

Lástima, que tal vez no nos sea dado a nosotros presenciar el derrumbamiento definitivo del imperialismo, última etapa, como lo calificó Lenin, del capitalismo,

Desobediencia...

(Viene de la página 376)

y el triunfo de los pobres y los desgraciados, de los que hoy todavía sufren hambre y sed de justicia y que necesariamente serán hartos y poseerán la tierra, como les anunció, hace veinte siglos, aquel otro gran rebelde que se llamó Jesús.

Pero, poco importa que no nos sea dado pisar los umbrales de la tierra pro-

Roig de Leuchsenring

metida. Ya es bastante el haber visto partir hacia ella la peregrinación y presenciar cómo la justicia se va abriendo paso en el mundo y en él siguen apareciendo en los momentos críticos esos hombres representativos, la antítesis de los hombres providenciales, Jesús, Bolívar, Martí, Lenin, Gandhi, que saben encarnar y encauzar los sentimientos, ideales y necesidades de un pueblo o de la humanidad, y poner a ese pueblo o al mundo en marcha hacia la conquista de la verdad y la luz.

INDICE DEL TOMO XX AUTORES Y ASUNTOS

- A** propósito de la novela *Voluntad y Redención* de Julieta Puente, p. 179.
- Acosta, Agustín.—Poesías, p. 229.
- Acosta, José María de.—Rufino Blanco-Fombona, p. 259.
- Alfaro, Anastasio.—Las hormigas de cornizuelo, p. 127.—Don Pedro Porras Bolandi, p. 199.
- Alomar, Gabriel.—El socialismo francés, p. 90.—La herencia de Franklin, p. 353.
- Altenberg, Peter.—De diecisiete a treinta, p. 148.
- Alvarado Quirós, Alejandro.—El medallón de Sucre, p. 321.
- Amighetti, Paco.—Líneas aforísticas, p. 227.—Dos poemas, p. 381.
- Andino, Raúl.—Un libro póstumo de Manuel Diéguez, p. 328.
- Andrenio.—El genio de la danza, p. 145.
- Arciniegas, Germán.—La Isla de Santa Helena de Simón Bolívar, p. 202.—No hay derecho, p. 358.
- d'Argent, Niebla.—Salve mujer...! p. 107.
- Arias, Augusto.—Hoja de Album, p. 187.
- Arroyo, César E.—Las Bodas de Plata de Manuel Ugarte, p. 9.—Galdós, pp. 36, 62, 69, 99 y 133.
- Azorín.—Cossío, p. 117.—El primer milagro, p. 210.—De las empresas y consorcios creados por favor del Estado, p. 365.
- Baroja**, Pío.—La sima, p. 121.
- Barret, Rafael.—Dos cuentos, p. 315.
- Benavento, Gaspar L.—Poemas, p. 170.
- Berisso, Luis.—Paul Groussac, p. 168.
- Betancourt, Rómulo.—Lo que en el ayer decoroso, decía Dominici del tirano Gómez, p. 110.—Panorama de los movimientos estudiantiles de Latino-América y sus proyecciones, pp. 171 y 189.—Conflicto en Venezuela entre el Clero y la Dictadura, p. 254.
- Bibliografía titular, pp. 38, 77, 125, 135, 176, 192, 206, 258, 364 y 379.
- Blanco-Fombona, R.—Notícula, p. 25.—Carta, p. 241.
- Bolívar, Simón.—Método que se debe seguir en la educación de mi sobrino, etc., p. 35.—Cartas, pp. 142 y 191.—Máximas y pensamientos, p. 284.
- Borges, Jorge Luis.—Groussac, p. 162.
- Brenes Mesén, Roberto.—Nell, p. 71.—Jóvenes poetas, p. 181.
- Burgos, Fausto.—Pescador, p. 355.
- Camino**, Juan del.—Estampas, pp. 11, 27, 48, 61, 78, 94, 119, 130, 157, 167, 188, 204, 220, 236, 250, 258, 274, 295, 310, 330, 342, 365, y 370.
- Cañas, Víctor M.—Satán, p. 373.
- Carcelén, Mariana.—Carta, p. 351.
- Cartas, pp. 22, 23.
- Carrera Andrade, Jorge.—Poesías, p. 71.—Poemas, p. 366.
- Caso, Antonio.—Descartes, el gran francés, p. 343.
- Castañeda, Aragón, G.—Marginaciones bibliográficas, p. 357.
- Coll, Pedro Emilio.—Años de aprendizaje de Simón Bolívar, p. 3.
- Comunicación del Servicio Nacional de Electricidad, p. 352.
- Conversaciones con el Libertador, p. 91.
- Cossío, M. B.—De la escuela, del maestro y del material de enseñanza, pp. 237, 251, y 299.
- Coto, Rubén.—Primeras letras, gestos de guerra, etc., p. 29.—El tesoro de la energía eléctrica, pp. 332 y 351.—El libro de un estadista, p. 377.
- Cruz Santos, Camilo.—Caída del régimen conservador de Colombia, p. 197.—A propósito de la primera conferencia de Vasconcelos, p. 246.
- Chocano**, José Santos.—Conversando con Waldo Frank, p. 56.
- Deambrosis Martins, Carlos.—Carta a Vasconcelos, p. 153.—Hablando de Hispanoamérica con Max Grillo, p. 217.
- Del homenaje argentino a Mariátegui, p. 344.—Del homenaje peruano a José Carlos Mariátegui, p. 308.
- Delmar, Serafin.—La leva, p. 45.
- Detrás de Primo caerá Musolini, p. 180.
- Díez-Canedo, Enrique.—A la muerte de Andrenio, p. 104.—Efrén Rebollo, p. 216.—Manuel B. Cossío, p. 232.—Alfonsina Storni, poeta argentina, p. 329.
- Domínguez, María Alicia.—La patria imaginaria, p. 281.—Poemas, pp. 281 y 283.
- Domínguez, Manuel.—Rafael Barret, p. 313.
- Dos Pasos, John.—Han muerto, p. 170.
- Dromundo, Baltasar.—La nueva estética y la obra de Tina Modotti, p. 169.
- Edwards Bello**, Joaquín.—Ortega y Gasset en Argentina, p. 57.—El error del Dr. Marañón, p. 105.
- El Abate Mendoza.—Hora y veinte con Carlos Pellicer, p. 88.
- El centenario de Eliseo Reclus, p. 248.
- Eguren, José Ma.—Poesías, p. 214.
- Ella.—Un sueño, p. 207.
- Espinosa, Gervasio.—Romancillo a las noches de luna, p. 44.
- Estados Unidos juega a la paz en Europa etc., p. 106.
- Facio**, Justo A.—Dos novelas de Máximo Soto Hall, p. 184.
- Falcón, César.—La epopeya de Gandhi, p. 275.
- Falgairolle, Adolphe de.—La poesie harmonieuse de Max Jiménez, p. 265.
- Ferreira, Alfredo J.—La ética de Lamarck, p. 97.
- Figueira, Gastón.—Baladas, p. 63.
- Franco, Luis.—Dos apólogos, p. 382.
- Gangotena** y Jijón, C. de.—El testamento de Sucre, p. 349.
- García Calderón, Frco.—Ortega y Gasset y nuestro tiempo, p. 147.—Simón Bolívar, p. 241.
- Gerchunoff, Alberto.—Un hombre y un hidalgo: Sánchez Guerra, p. 21.—La ciudad del poeta, p. 72.—León Blum y la posteridad, p. 89.—Un rey de hombres: Georges Clemenceau, p. 120.—Caballero del rey, p. 132.—Reflexiones sobre Pablo Groussac, p. 161.—Bajorrelieve de algunos hechos, p. 222.—Calendario, p. 238.
- Gil Jaramillo, Leopoldo.—Quijano Mantilla, p. 233.
- Giusti, Roberto F.—Palabras a Alfonso Reyes, p. 280.
- Godoy, Armando.—Poemas, p. 123.
- Gómez de Baquero, E.—La jornada de Cossío, p. 299.
- Grillo, Max.—El vigésimo centenario de Virgilio Marón, p. 273.—*Meditaciones* de Omar Dengo, p. 312.
- Guerra Trigueros, Alberto.—Carta de amor a la ramera, p. 253.
- Guillén, Alberto.—Cinco poetas brasileiros de vanguardia, p. 109.
- Haya** de la Torre.—Carta, p. 148.—A propósito de un prólogo de don Luis Jiménez de Asúa, p. 73.
- Henríquez Ureña, Pedro.—No confundamos, p. 102.

- Heysen, Luis E.—¡Comprendamos mejor el *Apra*.
- Hidalgo, Alberto.—Retrato de Bolívar, p. 67.
- Hispano, Cornelio.—Bolívar y Humboldt, p. 152.—En el Monte Sacro, p. 191.—Peregrinación a San Pedro Alejandrino, p. 318.
- Indice, p. 224.
- Insúa, Alberto.—El retorno de Unamuno, p. 185.
- Invitación a Waldo Frank, p. 56.
- Isadora Duncan y la pedagogía de la libertad, pp. 155 y 165.
- Jarnés, Benjamín.—Torres Bodet, p. 247.—Acerca de Max Jiménez, p. 266.—El equipaje de Nietzsche, p. 297.
- Jiménez Rojas, Elías.—Apuntes de actualidad, p. 131.
- Jiménez de Asúa, Luis.—Carta al Sr. Unamuno, p. 185.
- Jiménez, Max.—Divagando sobre poética, p. 8.—Poesías, p. 12.—Georges Clemenceau se muere, p. 24.—Con Teresa de la Parra, p. 82.—Armando Godoy, p. 121.—Don Ramón del Valle Inclán, p. 201.—Doña Carmen de Burgos, p. 228.—Toledo, p. 291.—Diagnóstico, p. 307.—Primo de Rivera, p. 252.
- Jiménez, Octavio.—Un escritor mexicano y don Joaquín García Monge, p. 231.
- Julia, Francisca.—Musa imposable, p. 306.
- LA EDAD DE ORO.**—Lecturas de Marco Fidel Suárez, César Falcón y Juan Luis Vives, p. 160.
- La venta de la Quinta de de San Pedro Alejandrino, p. 318.
- La verdad en su lugar, p. 285.
- Labarca H., Amanda.—Meditación de Año Nuevo, p. 55.—Vinos viejos, p. 270.
- Lars, Claudia.—Sonetos, p. 300.—Cantos de la madre, p. 327.
- Larroder, Luis de.—Descartes, p. 289.
- Leguizamón, Martiniano.—Sarmiento esbozado por sí mismo, p. 337.
- Lillo, Baldonero.—Era él solo, p. 136.
- Lobel, José.—El secreto de la alegría de vivir, p. 196.
- López Pumarejo, E.—No discutamos más la crisis y hagámonle frente, p. 22.
- Lugones, Leopoldo.—La contienda del Chaco, p. 75.—De la filosofía de los Evangelios, p. 225.
- Luzuriaga, L.—Manuel B. Cossío, p. 232.
- Lyra, Carmen.—Bigotes, p. 262.—Teodoro Picado, p. 377.
- Macaya Lahmann, Enrique.**—*Gleba*, p. 8.
- Maeztu, Ramiro de.—El espíritu de la economía Ibero-americana, pp. 264 y 277.
- Maluenda, Rafael.—José Carlos Mariátegui, p. 305.
- Mallen, Zalazar.—El *Tratado de Metafísica* de José Vasconcelos, p. 195.
- Manso, Federico.—Poemas, pp. 44 y 326.
- Maragall, Juan.—La bondad redentora, p. 85.
- Marinello, Juan.—Homenaje a Waldo Frank, p. 56.
- Médiz Bolio, Antonio.—Extractos del *Chilam Balam de Chumayel*, p. 14.
- Milanés, Blanca.—Un artista costarricense, p. 182.—Acerca del valor civil, p. 312.
- Mistral, Gabriela.—El Miedecito de la Gacela, p. 26.—Retratos franceses, p. 136.—Gente colombiana: El Dr. Eduardo Santos, p. 249.
- Monterde, G. I.—Efrén Rebolledo, p. 216.
- Morales, María Luz.—Dolor de Amaranta, p. 66.—¡Bien venida, Poesía!, p. 130.
- Nieto Caballero, L. E.**—Gabriela Mistral, p. 17.—Teresa de la Parra, p. 81.
- Obligado, Jorge.**—La jangada, p. 293.
- d'Ors, Eugenio.—Glosas, p. 267.
- Palma, Ricardo.**—La vieja de Bolívar, p. 166.—Bolívar y el cronista Calancha, p. 230.—Entre Libertador y Dictador, p. 292.
- Pallais, A. H.—Dos baladas, p. 190.—La glosa de los asesinos en grado superlativo, p. 193.—La balada del calor formidable, p. 270.
- Pastor, José Francisco.—En el año jubilar de Goethe, p. 33.
- Pellicer, Carlos.—Elegía ditirámica, p. 25.—Poemas, p. 93.—Romance de Pativilca, p. 350.
- Pena, Leonardo.—Las voces fabulosas extinguidas, p. 203.
- Peña, Miguel Antonio.—Carta abierta, p. 163.
- Pereyra, Carlos.—Fulgores de tragedia, p. 381.
- Pérez Amunátegui, Ismael.—El caso de Cuba, pp. 34, 213, 246.
- Pérez, Santiago.—Distribución de premios universitarios, p. 369.
- Pérez Triana, S.—El triunfo de la verdad, p. 182.
- Petrovick, Julián.—José María Eguren, p. 210.
- Picado, Teodoro.—Polonia restituta, p. 54.—José Pilsudski, p. 235.
- Pijoán, José.—No hay espíritu sin cuerpo, etc., p. 101.—A propósito del año de Bolívar, p. 202.
- Pocaterra, José Rafael.—El crepúsculo de las Dictaduras, pp. 269 y 298.
- Povedano, Diego.—Contribución al estudio de la etnografía costarricense, p. 40.
- Prado, Blanca del.—Poemas, p. 194.
- Puente, Julieta.—Soy hispano-americano!, p. 102.—Carta, p. 179.
- Pujol, Juan.—Imperialismo y cinematógrafo, p. 174.
- Quijano Mantilla, Joaquín.**—La quebrada de La Alegría, p. 233.
- Quiroga, Horacio.—Semmelweis, p. 271.
- Quirós, Fernando A.—Otoño, p. 112.
- Resolución N.º 37 del Servicio Nacional de Electricidad**, p. 332.
- Restrepo, C. E.—Oración por Córdoba, p. 49.
- Reyes, Alfonso.—El secreto dolor de Groussac, p. 168.—Palabras sobre la nación argentina, p. 280.
- Revesz, Andrés.—Un héroe stendhaliano, p. 266.—André Gide, 1869-1929, p. 345.
- Río, Fernando de los.—Una vida luminosa, p. 117.
- Roig de Leuchsenring.—Desobediencia y no cooperación, p. 376.
- Sabat Ercasty, Carlos.**—Poesías, p. 262.
- Sáenz, Carlos Luis.—Poesías, p. 146.
- Salaverría, José María.—Un haz de naciones americanas, p. 111.
- Sancho, Mario.—Todavía más sobre Rockefeller, p. 212.—Krishnamurti, p. 294.—Otra vez Ford, p. 374.
- Sanín Cano, B.—El bronce no es más duradero, p. 369.
- Samayoa Aguilar, Carlos.—*Rayito de Estrella*, p. 200.
- Santa Cruz, Mario.—La Habana, ciudad alegre y cordial, p. 178.—Alberto Guerra Trigueros, p. 243.—Elegía de un amor trunco, p. 260.
- Sanz y Ruiz de la Peña, Nic medes.—Dos poesías, p. 206.
- Selva, Salomón de.—La Revolución de la India, p. 330.—Fin de Verano, p. 362.
- Sander, Ramón J.—Max Jiménez y sus versos, p. 265.
- Solano, Armando.—La vida de Lord Bryon, p. 103.
- Sotillo Picornell, J. C.—Elogio de Petzval, p. 259.
- Storni, Alfonsina.—Poesías, p. 141.—Autodemolición, p. 329.
- Tablero**, pp. 7, 32, 39, 64, 80, 87, 108, 112, 128, 144, 151, 158, 175, 192, 207, 223, 240, 255, 272, 302, 335, y 368.
- Testimonio de aprecio, p. 51.
- Testimonios, pp. 2, 119, 144, 129, 149, 194, 215, 321, 337, 344, 348, 353 y 380.
- Torres, Elena.—Del poliedro americano, p. 86.
- Torres Bodet, Jaime.—Sueño, p. 164.—Vidas opacas, p. 247.
- Tovar, Rómulo.—Un retrato de Bolívar, p. 284.—La Voz, p. 302.—Sidar, aviador, p. 316.—El Canto de las Madres, p. 341.—Gandhi, p. 376.
- Ugarte, Manuel.**—El destino de los libertadores, p. 221.
- Ulloa, Juan.—¿Qué es la humanidad?, p. 224.
- Un Decreto que enaltece al gobierno del Ecuador, p. 273.
- Una conversación con Eugenio d'Ors, p. 293.
- Una epidemia mística, p. 291.
- Unamuno, Miguel de.—Don Quijote Bolívar, p. 113.—Carta, p. 217.
- Ureta, Alberto.—José María Eguren, p. 210.
- Valdivia, Víctor de.**—La opinión ibero-americana. El Tratado Naval de Londres, pp. 290 y 380.
- Valle, Rafael Heliodoro.—Elegía del estudiante, p. 64.—El centenario de Bolívar en México, p. 356.
- Vallejo, César.—Clemenceau ante la historia, p. 24.
- Vasconcelos, José.—Llamamiento a las armas, p. 31.—Relato de cómo pasó las elecciones, p. 60.—Quetzalcoatl, p. 68.—Mensaje, p. 146.—El viento de Bagdad, p. 193.—Otras declaraciones, p. 218.—La tregua, p. 271.—Las consecuencias, p. 276.—Mensaje a los venezolanos, p. 335.—Nuestros amigos, p. 373.
- Viana, Javier de.—Añojal, p. 206.
- Viera Altamirano, N.—El caso de El Salvador, p. 126.
- Villalobos, Lisandro.—Meregildo, p. 348.
- Viquez, Berta Graciela.—Un homenaje y dos poesías, p. 311.
- Zamora Elizondo, Hernán.**—Canto a los Padres de la Patria, p. 361.
- Zegrí, Armando.—Cosas que no debería decir, p. 359.
- Zeledón, Pedro Pérez.—Recordando a don Mauro, p. 360.—Párrafos sugestivos del *Informe* (1887), p. 361.
- Zulueta, Luis de.—En la muerte de Gómez de Baquero, p. 65.—Los enemigos de la libertad, p. 133.—Unamuno en España, p. 177.—El Presidente Masaryk, p. 261.